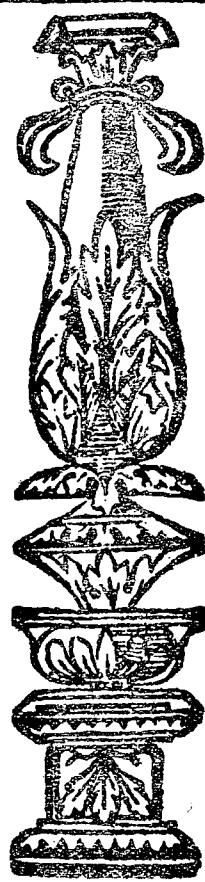




FORMACION
DE
MAESTRAS



CONSIGNA



BAZAR

La mejor revista para las niñas, la más amena, la más formativa

BAZAR

El mejor regalo para tus hijas y para tus pequeñas amigas

BAZAR

Colaboran en ella los mejores escritores y dibujantes de España

En el número de febrero encontraréis:

Cuento del Tripitaka chino: El rey cazador y los ciervos. Traducido por *Africa G.^a Velasco*.—Manolo lo sabe todo: El nudo marino, por *Chum*.—¿Habéis visto alguna vez una anguila?, por *Buffancito*.—El manantial, por *Rabindranath Tagore*.—Rosita y su moda. Aprende a pintar.—Bromas del burro Celedonio.—El duendecillo del tabaco.—Canelo, el burrito de trapo.—Tu nombre significa...—Pasó de verdad: Esopo y el viajero.—Cuenta Guillermina: El misterio de las cerraduras.—El nacimiento de Bili Ballena, por *María Maíz*.—Viaje a través de los tiempos: Así eran los torneos, por *Aurora Mateos*.—La página de mi hermano: Congo, el gorila asesino, por *Capitán Seisdedos*.—La risa en BAZAR: El médico de niños, por *Oscar Pin*.—Puang, el pájaro bueno.—Doña Sabihonda en las islas Hawai.—Círculo Guillermina, etc.

Dibujos de Picó, Cuesta, Goñi y otros.

BAZAR está editada por la Delegación Nacional
de la Sección Femenina.

PRECIO: 3,75 PESETAS

De venta en Quioscos y Delegaciones Provinciales de Sección Femenina

CONSIGNA

AÑO XIV

ABRIL

NÚM. 159



CONSIGNA

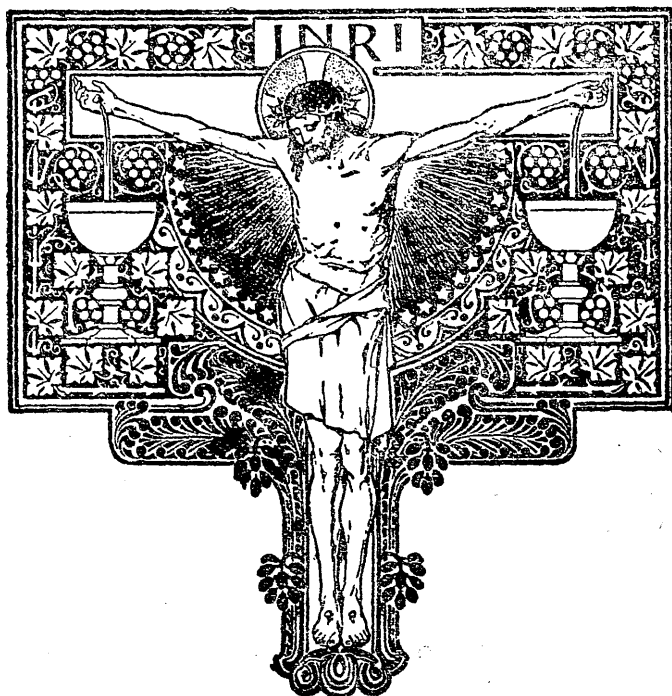
«Un Estado militante, popular, nutrido de altas luces intelectuales, el que siempre hemos predicado, al que siempre hemos conducido por el mando supremo de nuestro Caudillo, es el que entrará con poder y honor en el concierto de los pueblos de Europa, más fuerte para cooperar en el bien universal, cuanto más fuertemente afirmado en su raíz auténtica.» (Párrafo de la base IV de las aprobadas por la Comisión Permanente del I Congreso Internacional de la Falange).

FRASE QUE DEBE SER LEIDA EN LAS ESCUELAS ANTES DE EMPEZAR LAS CLASES

«La Patria es aquello que, en el mundo, configuró una empresa colectiva. Sin empresa no hay Patria; sin la presencia de la fe en un destino común, todo se disuelve en comarcas nativas, en sabores y colores locales.»

(JOSE ANTONIO, *F. E.*, 11 de enero de 1934.)

RELIGION



Por creer que nunca está de más recordar, damos nuevamente hoy publicación de las nuevas normas dadas por Su Santidad el Papa sobre el ayuno eucarístico, en su Constitución Apostólica «Christus Dominus».

Por la constitución Apostólica «Christus Dominus» de Su Santidad Pío XII, de 6 de enero de 1953, se modifica la disciplina eclesiástica del ayuno eucarístico vigente hasta ahora, acomodándola a las peculiares circunstancias de la vida actual.

Sabido es que en la disciplina hasta ahora vigente el ayuno eucarístico consistía en no haber comido ni bebido cosa alguna desde las doce de la noche antecedente a la Comunión, salvo los privilegios y excepciones para el caso de viático, enfermedad prolongada o peligro

de profanación del Sacramento (cc. 808 y 858).

Las peculiares dificultades de los tiempos actuales hacían en muchos casos muy difícil y hasta imposible la observancia de la disciplina hasta ahora vigente para ciertas personas constituidas en especiales circunstancias, por lo que muchos fieles habían de privarse de la Sagrada Comunión.

Con el fin de facilitar a todos la Sagrada Comunión y que nadie se aleje de la Sagrada Mesa por la dificultad de observar plenamente el ayuno eucarístico, Su Santidad el Papa ha creído necesario «mitigar algún tanto la disciplina del ayuno eucarístico y regularla de manera que todos estén en condiciones de acomodarse a tal ley lo más amplia-

mente posible y en la medida adaptada a las particulares condiciones de tiempos, de lugares y de personas».

No obstante, la Ley del ayuno eucarístico continúa sustancialmente en vigor, y sólo se conceden algunas facultades y permisos en casos especiales, expresa y taxativamente señalados, que en manera alguna pueden ampliarse.

«Entendemos, sin embargo —dice el Papa—, con esta Constitución Apostólica confirmar en todo su vigor la ley y la costumbre del ayuno eucarístico y exhortar a quienes puedan observarlo a que continúen su exacta observancia de manera que sólo quienes se encuentren necesitados utilicen tales concesiones y en los límites impuestos por la necesidad misma.»

La nueva disciplina del ayuno eucarístico, que está contenida en la Constitución Apostólica «Christus Dominus» y en la Instrucción de la Suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio, de la misma fecha establece las normas siguientes:

NORMA GENERAL

«Quienes no se encuentren en las particulares condiciones que indicaremos a continua-

ción, deben continuar observando el ayuno eucarístico desde la media noche. Damos, no obstante, como norma general, válida de ahora en adelante para sacerdotes y fieles, que el agua natural no rompe el ayuno eucarístico.» (Const., l.)

Queda, pues, como se ve, sustancialmente en vigor la Ley del ayuno eucarístico desde media noche para los sacerdotes y fieles en trance de observar tal ley, si bien se establece el principio de que el agua natural no quebrante el ayuno eucarístico (Instrucción: Introducción). Según esta norma, todos, indistintamente, sacerdotes y fieles, y sanos y enfermos, pueden tomar agua natural antes de comulgar, sin que por esto queden impedidos de acercarse a la Comunión; ni para tomar el agua natural hay prescrito límite de tiempo precedente a la Comunión.

En la disciplina hasta ahora vigente se quebrantaba el ayuno eucarístico por todo lo que tuviese razón de comida o bebida, incluso el agua, en la nueva no se quebranta con el agua, pero sí con otra clase de líquidos, y con el agua si no es natural; es decir, si al agua se le mezcla algún otro elemento (Instrucción). Excusado, es decir, que se quebranta con cualquier clase de alimento sólido.



Las mujeres en el drama de la Pasión

POR FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL



A historia es cosa de hombres. Las mujeres sólo de cuando en cuando aparecen en el primer plano, aunque con mucha frecuencia, por no decir casi siempre, sean ellas las que mueven los hilos detrás del telón. La historia de la Pasión de Cristo no es una excepción. En ella, junto al Señor, son hombres los principales actores, y ¡qué acción más lamentable la suya! ¡Qué falta de sinceridad, de valor, de grandeza! ¡Qué contraste entre la magnanimidad, el heroísmo, la divina actitud del Paciente y la repugnante conducta de todos los personajes llamados por el destino a intervenir en aquel suceso central de los siglos! Todos ellos actúan agitados por la pasión, y se nos presentan como el prototipo, como la personificación de las pasiones, que inspiran las páginas más sombrías de los anales del mundo. Anás, es la política fría y sin alma; Caifás, la hipocresía; Pilato, la cobardía; Herodes, la curiosidad frívola y supersticiosa; Judas, la traición; Pedro, la flaqueza más vergonzosa. Y luego allí están los Apóstoles, que huyen; los testigos, que se contradicen; los soldados, los verdugos, los ladrones... Apenas se salva más que el Cirineo, que lleva la Cruz de Jesús, más

que por propio impulso, porque se lo imponen los legionarios.

Pero en aquel drama sombrío aparecen también las mujeres, aunque sólo sea de una manera incidental, y aparecen siempre para poner un poco de luz entre las sombras del crimen. Ellas tienen no sé qué secreta simpatía por el procesado, y en medio del general abandono tienen también la valentía de exteriorizarla. Es la intuición femenina la que sabe descubrir allí la verdad. Ella no entiende de normas jurídicas, no sabe las declaraciones de los testigos, pero acierta a descubrir el verdadero sentido del juicio que se ventila.

CLAUDIA PROCULA

Allí está la mujer del gobernador. Aparece en uno de los instantes críticos del proceso; mejor dicho, no aparece siquiera, se contenta con dar a conocer lo que piensa para influir sobre el juez. Este acaba de imaginar la salida del indulto. Cree que podrá imponer el nombre de Jesús; pero frente a él los sanedritas lanzan el de un facineroso bien conocido por sus fechorías. Todavía pone su esperanza en el pueblo, libre de ambición y de envidia. ¿Cómo iba a preferir a Barra-

bás con su historial tenebroso? Hubo un momento de perplejidad. La figura de Barrabás era tan execrable, que parecía como si el procurador fuese a triunfar con aquel recurso, y ya se había sentado en el tribunal para pronunciar el edicto con el ceremonial jurídico, que le daba todo su valor cuando se produjo, lo que tuvo acaso una influencia decisiva en el curso del proceso. En el umbral del Pretorio apareció un legionario presentando unas tablillas de cera, que decían: «No te metas en las cosas de ese justo, pues es mucho lo que he padecido esta noche por su causa.»

Era un recado que la mujer del gobernador, llamada Prócula, según la tradición, enviaba a su marido; un aviso que nos sirve para comprender mejor el empeño de Pilato por salvar a Jesús. La vida de un extranjero, de un judío, valía muy poco para él y mucho menos si frente a ella se levantaba todo el poder de la casta sacerdotal. Pero lo que en los primeros momentos de aquel drama había sido simple sentido de equidad, iba convirtiéndose poco a poco en una desazón de carácter religioso, aumentada por estos sueños, que en la vida romana tenían muchas veces una influencia decisiva. Excéptico en cuestión de filosofía y en teorías acerca de la verdad, era ciertamente sensible a todas las artes de la adivinación, muy en boga entre los romanos. Toda Roma sabía que Julio César habría evitado las veintitrés puñaladas de los idus de Marzo si hubiera hecho caso de los sueños de su mujer Calpurnia. Un aviso semejante recibía ahora Pilato de su mujer, que aprovechando una ley reciente, contraria a los usos del tiempo de la República, podía vivir con su marido en la provincia de su gobierno. Nada sabemos del motivo más íntimo que indujo a Prócula a dar aquel paso. Tal vez era una de las muchas romanas que

se sentían arrastradas por el prestigio misterioso de las religiones orientales, y en especial del judaísmo; tal vez había oído hablar de Jesús, de sus milagros, de su doctrina y de su arresto la noche anterior. Y había tenido un sueño. No sabemos lo que soñó, pero en su sentir Jesús era un justo, y ni ella ni su marido debían meterse en aquella causa inquietante.

En medio de los odios, de la gritería popular, del apasionamiento farisaico y de la ceguera de los políticos, esta mujer, esta pagana, acertó a ver la verdad y tuvo el valor de levantar la voz en su defensa. Los Evangelistas la recordaron, aunque sin expresar su nombre, tal vez porque más tarde entró a formar parte de la iglesia primitiva.

LA VERONICA

La tradición, no los Evangelistas, nos ha conservado el recuerdo de otra mujer, que se presenta impávida en medio de la chusma cuando Jesús atraviesa la calle de la Amargura. El episodio a que dió lugar su presencia iba a impresionar vivamente la imaginación de los pueblos y a despertar la inspiración de los artistas.

Desde el Litostrotos, el cortejo había descendido a la hoya del Tiropeón, la calle más profunda de la ciudad. A la izquierda, los pórticos del Xistos, con ráfagas de gritos, contrastes de colores y torbellinos de multitudes, después la vía trepaba hasta la muralla, desembocando en la puerta de los Jardines, roja de sol, donde aguardaban muchos que venían del campo y estaban detenidos por la riada humana. Al otro lado se yerguen las escarpas del Gólgota; la peña blanca y lisa descubre su cráneo huesudo entre huertos inundados de verdor primaveral.

Hoy, cuando el peregrino recorre aquellas calles, encuentra, poco antes de ver la puerta

de la ciudad, una casa antigua con una puerta de arco de medio punto, que da a un patio lleno de luz. Dicen que fué de allí de donde, en aquella tarde aciaga, salió una mujer sollozante y jadeante que, cruzando por entre la selva de picos y bastones, llegó hasta el Señor, y al ver su frente desfigurada, su rostro horriblemente afeado por coágulos de sangre, lágrimas y polvo; sus párpados cárdenos y sanguinolentos; sus labios flácidos y amoratados; distendidos los músculos y los nervios desgajados, retira el velo de su cabeza, limpia el rostro divino y esconde celosamente su tesoro, porque es fama que en aquel lienzo quedó grabado el rostro del Redentor, y son varias las iglesias que creen poseer todavía la sagrada imagen, que reprodujo este arranque de fe y de compasión amorosa.

Tal fué la intervención de la Verónica o Berenice, un alma leal y generosa entre la turba de los enemigos, de los desgraciados, de los renegados, de los curiosos, de los tímidos y de los vacilantes. Suponen antiguos escritores que es la misma que una aglomeración semejante, no lejos de las riberas de Genesareth, fué curada del flujo de sangre que hacía años la atormentaba. Ella es el amor agradecido. Eusebio de Cesárea cuenta que él había visto en Sidón una estatua que esta mujer afortunada había mandado esculpir para conservar en la piedra los rasgos del lienzo milagroso.

LAS HIJAS DE JERUSALEN

«Seguíale —dice San Lucas— una gran muchedumbre de pueblo y de mujeres, las cuales se deshacían en llantos y le plañían.» Tal vez pertenecían a una asociación de damas nobles, que, según una noticia rabínica, tenía como objeto asistir de alguna manera a los condenados a muerte, aliviando su do-

lor, y procurándoles en particular una bebida, en que el vino se mezclaba con el incienso, a fin de amortiguar el sentimiento de la última pena; tal vez eran los discípulos fieles que le habían seguido de Galilea. Porque, ya durante su vida pública vemos cómo las mujeres le siguen, le atienden, le escuchan y ponen a su disposición su propia fortuna: son Marta y María, cuyo amor le recibe en Betania; es María Magdalena, unida al Maestro, por un recuerdo imborrable; es Juana de Cusa, representante de la alta sociedad; es la madre de Santiago y Juan... Le acompañan y tienen fe en El hasta en la hora terrible de la soledad suprema; están pendientes de sus labios y de su alma. Y lloran. ¡Gran consuelo para El! Mas El, que gracias al Cirineo está ya libre de la cruz, se vuelve hacia ellas y, deseando elevar su natural compasión al aborrecimiento del pecado, que era la causa de sus tormentos, les habla de esta manera «No lloréis sobre mí; llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos. Porque vendrán días en que se dirá: Bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron y los pechos que no criaron...» En medio de sus dolores, Jesús piensa en la catástrofe que se cierne sobre aquella ciudad. Sensible a la menor atención, ama infinitamente a quienes se preocupan de él y piensan en él, y por eso les llama la atención sobre su propia alma, depurando, transformando los nobles sentimientos de ternura femenina. Lloradme, parece decirles, con un amor que os haga más bellas, más nobles, más excelsas, y formad hombres que sean vuestro consuelo. Es horrible dar la vida a un Judas, a un verdugo del Señor, a un hombre que se condena, comunicar una vida que desemboca en la muerte eterna. Mejor hubiera sido no sentir las alegrías del alumbramiento. ¡Y cuántas madres se encontrarán con Jesús a través de

los siglos en la calle de la Amargura por el olvido, por el desagradecimiento, por la inmoralidad, por la incredulidad de sus hijos!

LA REINA DE LOS MARTIRES

Es aquél un cortejo de ignominia, de escarnio, de desprecio, pero en él va también «su Madre». ¡Qué tinieblas debieron envolver el alma de esta mujer en la noche del odio y del desprecio! Pero ella asciende animosa por la calle áspera y tortuosa; sabe que el amor debe ser fuerte, que exige sacrificio y una perseverancia incondicional. Sube hasta el Calvario y se acerca al lugar del suplicio. Allí está junto al patíbulo de su Hijo. No quiere perder ni una de sus palabras, ni una de sus miradas, ni una de las gotas de su sangre. Dios ha ido conduciendo a su «esclava» a través de las alegrías y las amarguras, y ella, «la sierva fiel», le ha seguido siempre fielmente. No podía faltar en esta hora tenebrosa. Y está de pie. Pensando en Jesús, pensando en nosotros.

Jesús ha entrado en la agonía. Tres horas casi lleva pendiente en la cruz. El cielo se había oscurecido, la tierra estaba cubierta de tinieblas; el pueblo, como una serpiente multicolor, empezaba a desfilar cuesta abajo, y esto había permitido a los más fieles reunirse cerca del Señor agonizante. Rodeando a «su madre», están también, la hermana de su Madre, María, mujer de Cleofás, y Juan Evangelista y María Magdalena. Viólos Jesús, y distinguiendo cerca de su Madre al discípulo amado, dijo con voz apagada: «Mujer, he aquí a tu hijo»; y añadió, dirigiéndose a Juan: «He aquí a tu Madre».

En este testamento unía para siempre sus dos más grandes amores terrenos: la Madre, que le había concebido de una manera única en el mundo, y el joven, que había reclinado la cabeza en su pecho. Hasta el último mo-

mento se olvidaba de sí mismo para pensar en el consuelo de los otros: daba una Madre al amigo y un hijo a la Madre; y extendiendo su mirada a toda la Iglesia, a la reunión de los amigos de todos los tiempos, creaba la maternidad sobrenatural de María y la asociaba a la obra de la Redención. Después de haber recibido sobre su corazón todos los dolores, las angustias, los golpes de Getsemaní, del Pretorio y de la calle de la Amargura, la Reina de los Mártires estaba también al pie de la cruz para levantar ante los ojos del Padre aquella hostia única y universal, que en cierto modo era propiedad suya, para inmolarsé juntamente con El, y para merecer, a título de corredentora, los derechos de una acción maternal en la sociedad nueva.

Era el cumplimiento del gran deber, que había aceptado cuando dijo al ángel: «Hágase en mí según tu palabra.» Pero era también el impulso del más grande amor que se ha encendido en un corazón de madre: Estaba al pie de la cruz porque amaba, y ese amor fué el mayor consuelo de Jesús en medio de sus tormentos. El Señor la unió consigo en su dignidad y en su gracia, y por eso debía estar unida en sus padecimientos. No podía quedarse a distancia, no podía detenerse al pie del monte. Es la mártir generosa de la compasión. Sufre con El, porque le ama; no puede separarse de El, porque está identificada con El.

HASTA EL ULTIMO MOMENTO

Ella era la Inmaculada, la bendita entre todas las mujeres. Cierto, pero son, sobre todo, mujeres las que rodean. Está Juan, y a última hora llegan también José de Arimatea y Nicodemos. Los amigos ocultos empiezan a tener audacia al ver a las mujeres. Estos dos amigos se han atrevido a presentar a Pilato

para pedirle el cuerpo de Jesús. Así se forma el pequeño cortejo fúnebre, que va a rendir los últimos honores, a prodigar los últimos cuidados a Jesús. Entran en las tiendas, buscan perfumes, hasta que logran reunir cien libras de mirra, de áloe, de cinamomo y de bálsamo. Llevan sábanas, vendas, lienzos olorosos, y bajando de la cruz el cuerpo del Maestro, le atan con tiras empapadas en los ungüentos y le depositan en un sepulcro recientemente excavado en la roca. Las mujeres asisten al sepelio, lloran y rezan y besan los

pies del Señor y les acarician con sus mejillas. Los dos discípulos terminan su tarea, pero ellas, María Magdalena y María madre de José y de Santiago el Menor, y Salomé, y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén, se quedan allí, «sentadas frente al sepulcro». También ellas aman, aman apasionadamente. Ya no le ven, pero no aciertan a separarse. Al fin, tienen que volver a Jerusalén; compran aromas en abundancia, y como la noche se echa encima y el sábado comienza, se meten en casa a llorar...



«Bailando hasta la cruz del Sur»

Por RAFAEL GARCIA SERRANO



Historia de los Coros y Danzas de España

PRIMERA ETAPA

«Adiós, España,
España de mi querer...»

(10, 11 y 12 de septiembre de 1950 sábado, domingo y lunes)

Empezamos hoy la publicación del libro de nuestro camarada Rafael García Serrano "Bailando hasta la cruz del Sur" —una vez terminada la Historia de la Sección Femenina—. Creemos que esta publicación llevará a las lectoras de CONSIGNA un ameno relato de los viajes que las camaradas de la Sección Femenina han hecho a América del Sur y las Antillas, llevando a aquellas tierras tan queridas de España nuestro sabor popular en canciones y danzas. Es también Historia de la Sección Femenina lo que vamos a seguir publicando, puesto que toda actuación de nuestras afiliadas dentro y fuera de la Patria es realizada por España y la Falange con el fin de que los otros pueblos nos conozcan y quieran —conozcan y quieran a España.



A no me acuerdo bien dónde paramos, ni casi la hora. Debía de ser tarde, al menos para nuestros estómagos. La magia de los temas conversacionales se esfumó, arribaron los bostezos, los cigarrillos excesivos, los inten-

tos de siesta del carnero, y, por fin, vino la decisión: «¿Comemos?» Paró la «rubia» junto a una venta. Un Sagrado Corazón, un Angelus en el campo, dos bodegones, un calendario de colorines —chocolate o así, anunciaba el cromo— y una hojadelata en la que se

leía: «Beba usted Coca-Cola». Sentí de repente como la náusea de la invasión. Por si acaso, me apresuré a preguntar:

—¿Tiene usted «Coca-Cola»?

—No —me respondió la chica, bastante sorprendida—; no, es que hace tiempo nos dejaron eso ahí...

Lo dijo como aquel seminarista del Baztán a una turista inglesa: «No, yo qué voy a ser protestante.»

El Sagrado Corazón, el Angelus, los dos bodegones —sandía, uvas, caza y pesca y el vaso de agua que casi «se puede beber»—, el calendario de colorines y la propaganda del refresco ese, estaban igualmente talados por activas escuadrillas de moscas. Pero la comida, amigos, era la comida de la España eterna, de esa que elogian siempre los diplomáticos, los periodistas, los aldeaños de la O. N. U., los viajeros ilustres, los escritores, los tontos del Chota y muchos de la guía de teléfonos, los obispos misioneros, los senadores yanquis, los Caballeros de Colón, los pobres enemigos, los directores de revistas elegantes con anuncios de fajas y hasta algunos laboristas disidentes. Huevos fritos, jamón, patatas doradas —con un calor de atardecer, de furioso y picante atardecer—, una sopa robusta y grasienta, unas sardinas gallegas, y luego, sin venir muy a cuento, un lomo de cerdo que era un verdadero don de reyes, con perdón. La fruta deleitosa, el café indecente y antes un vino claro que había que beberlo presentando armas; la toferable cuenta y de nuevo a la carretera.

Las espaldas de la sierra tenían un color gris azulado. Eran como una espada de Toledo, algo mellada. Las nubes combatían entre la dulzura de un gris de hongo inglés y el celtibérico color de la tormenta. Nos apercibimos que la lluvia ladraba detrás de nosotros igual que uno de esos perros aldeanos, tozudos, enemigos del «Ford» y de su mecanismo;

finalmente, nos mordió antes de llegar a Covalada. Claro está que nos habíamos desviado de la carretera general. Desde las torres de Alcalá hasta la misma Soria, la tierra de Castilla nos iba dando los versos de Antonio Machado. Era natural, tan simple, tan obligada aquella evocación, que casi nos molesta el coincidir en los temas, en los motivos, en los rincones. Los pinares desplegaban su aroma más fuerte bajo la lluvia de septiembre. Con esa melancólica pasión que despiertan las primeras vanguardias del otoño, yo me entretuve en repasar mi jornada. Casi lo iba haciendo en voz alta, nada más que por escucharme yo mismo.

—Primero de todo madrugué mucho, y, además, ayer me acosté tarde. Tuvimos un buen lote de charla en el periódico. He oído misa en San Marcos, fuí a la calle de Lista, al volver vi al batallón del Ministerio que iba a relevar la guardia en el Ritz, donde está Abdullah de Jordania. ¿Sabéis que la bandera, los soldados y la marcha me han hecho un nudo en la garganta?

Me miraron.

—Sí, me voy por tres meses; pero tampoco es la cosa como para decirle al tío del taxi que parara, como para haber tenido ganas de decirle luego: «Ande, amigo, siga usted a la tropa», igual que a un descapotable con una señora estupenda, igual que si uno fuera un niño y deseara rebasar la bandera y la banda y las cornetas y los tambores, y luego ponerse a bailar al son militar y a marcar el caquí y a todo eso que uno ha hecho a los seis años.

Recapacité. Me había armado un pequeño taco. Por otra parte, la bravura del pinar en la tormenta era capaz de distraer a cualquiera.

—¿Por dónde iba?

Silbó Jordana. O quizá fué Angel García del Bello. Mi hermana no, porque, como siempre que observa en mí cierta tendencia discursiva, se había apresurado a dormirse.

—Andabas por la Cibeles.

—Eso es. Paisaje militar. La Cibeles con soldaditos, como el marzo del 39. Y estamos en septiembre del 49. Quiere decir algo, ¿verdad? Son los mismos soldaditos, la misma bandera, tenemos reyes en España —pero en el Ritz y en El Escorial—, uno puede ya coger un taxi sin dificultades, se viaja, se trabaja, se come, algunos tipos han vuelto a ponerse la camisa azul, algunos ya vuelven a decir que le hacían tertulia a José Antonio en «La Ballena Alegre», pasan esas milagrosas y la O. N. U. sigue sin reconocernos. Es decir, tenemos todo lo necesario para rozar con un ala la bienaventuranza. Y justo, en este instante, se me ocurre a mí marcharme de España.

—Bueno, tampoco es como para que te pongas a llorar, ¡caramba!...

—Pues menudo «choyo», ir hasta el Perú con los Coros y Danzas...

Ya lo sabía yo que se iban a subir por las paredes. ¡Pero es tan bonito melancolizar un poco cuando la tormenta se aleja y quedan, sobre los pinares de Soria, una llovizna menuda y un arco iris de tarjeta postal! Uno quisiera escribir sobre el cielo, en el que se ven ya esas palomas del epistolario militar; uno quisiera escribir en una esquina, apresuradamente: «Adios, volveré pronto, mi amor.» Uno quisiera escribir eso para España.

—No, no es para llorar. Después he visto paradas de tranvía, paradas de autobús, dos despachos oficiales, la Castellana, el jardincillo de Riscal, un chiringuito, otra vez mi barrio y mi casa; he visto desde el balcón a la señora que compra flores en una esquina y pescado en la otra, y luego baja por la calle de Dos Amigos con toda lentitud, paseando, y no sabe bien si lo que aspira con delicia es el aroma de las flores o el perfume del besugo. Me impacientaba esperan-

do. Al fin, llegásteis. La gasolinera, esa estatua a caballo que está enfrente de Propaganda del Frente de Juventudes, y que en tres años de trabajar allí nunca supe a ciencia cierta quién demonios era...

—La estatua del general Marqués del Duero.

—Justo. Me lo dijeron. Pero nunca lo creí. Soy bastante desconfiado, y todas las estatuas ecuestres me parecen de Prim.

Como atardecía, nos pusimos a recordar Madrid. Mi hermana colaboraba.

¡Qué hermoso es Madrid desde Atocha a los Nuevos Ministerios! ¡Y ahora, Chamartín, con sus vías amplias, con el estadio, le quita a la ciudad aquella costra barojiana, castizales y mugrienta que aún la atenaza por por otras fronteras. Hay que hacer que Madrid se ponga en *slip* hasta para hablar de toros. Y que se duche. El estadio es una invitación al agua y a la limpieza, pero el fútbol es demasiado marrano para una capital con resabios mesopotámicos. Y lo de mesopotámicos no es cosa mía. Ismael Herráiz dice que no le extrañaría a nadie ver cruzar por la Castellana a una caravana de beduinos con camelios. Y tiene razón, o la tenía. Ahora, al menos, extrañarían los beduinos. Y eso es ya un avance.

Se rieron generosamente. Habíamos salido por Chamartín —no recuerdo cuál fué el obligado motivo— y luego, por la Plaza de Toros, enlazamos por la carretera de Soria. Vimos la alameda de Osuna, y sobre ella un avión de la «Iberia» rumbo al Este. El Jarama, la rubia tierra de Alcalá —y sus vetas verdes, tiernas, casi sentimentales—; Guadalajara, sin el bullicio militar y escolástico del invierno; los campos largos, ondulados y pobres, los pueblos que sonaron en la batalla, los pueblos nuevos, limpios, los cementerios de guerra, y más tarde, ya después de la comida, el enlace con la carretera que viene

desde Aranda, por Burgo de Osma, hasta Almazán, y allí el brinco del corazón recordando a los camaradas de la columna del 19 —la que mandó García Escámez— y luego el parque de Soria, provinciano humilde, con hierba reseca y cielo claro —un cielo en el que vimos los primeros aviones enemigos— y después los pinares de Covaleda y el aire fresco y la tormenta y el aroma de la resina y el río truchero y aquel gesto del Canadá doméstico, puesto allí, sin duda alguna, para que algún día se acuerden de él en el P. N. T.

José Antonio Elola no estaba en Covaleda. Y, por lo tanto, todos emprendimos la marcha hacia San Sebastián, donde le habían reclamado los deberes. Sus colaboradores, por trabajar con él. Yo, por saludarle antes de mi viaje. Mi hermana, porque regresaba a Pamplona, aprovechando la parada que yo debía hacer allí para despedirme de mis padres. Puede decirse que no hubo más paisaje. Alternó la tormenta con el sueño, y la noche nos rodeó al galope sin dejarnos escape, como una buena hueste india a una diligencia del Far-West. Pero con menos gritos. La lluvia relumbraba desvergonzadamente bajo los faros de la «rubia». Esto de que las carreteras tengan un tal ademán ciudadano en las noches de agua, es algo particularmente conmovedor cuando uno piensa que no va a pisar la Gran Vía en tres meses.

Porque ya es hora de que la Gran Vía —tal cual— sea considerada uno de los paisajes fundamentales para la comprensión de España. La parda Castilla, la verde Vasconia, la misteriosa y serena Andalucía, el Levante opulento y barroco, bueno, bueno; la Cataluña de río, montaña, costa y fábrica, está bien, está bien; Galicia, pescadora, gentil y dulce, vaya, vaya, vaya; Asturias, con las aguas que bajan negras, etc., etc., etc.; pero Madrid es algo más que la sierra y El Escorial y el Guadarrama y la pradera de San

Isidro y el Manzanares —con su burla y su veras y hasta la recién incorporada Ciudad Universitaria. Madrid, como paisaje de Castilla —o específicamente manchego, según opinan algunos—, cuenta con la derivación insospechada, necesaria e imprescindible de la Gran Vía, la gran jungla, la gran verdad, la gran mentira, la gran, lo que se quiera. La Gran Vía, buena y mala, roja y azul, rica y pobre, con sus aldeaños miserables, con sus flecos de porquería, con la peripecia de sus espaldas, con la epopeya de las luchas prebélicas, bélicas y hasta postbélicas, es como una historia de mi generación. La que creció a su compás, bajo el Rey, y vió irse al Rey, y vió irse —¡ay Dios!— a la bandera, y vió llegar a «mesié» Herriot —Napoleón con pipa burguesa y carnet radical-socialista, hecho un Luis XIV o un San Luis, que viene a ser lo mismo, y repitiendo la historia de siempre: «Ya no hay Pirineos, mes amis», pero con el ojo puesto en las tropas de *«L'Espagne et le Maroc»*, sobre todo del *Maroc* francés—, y vió las huelgas y escuchó los tiros y sintió los vergajazos humillantes de la Guardia de Asalto, y vió cómo España se venía abajo, y vió el Tercio cruzar en octubre desde la Estación del Norte hasta la del Mediodía, pasando justamente por esa vena gorda de la ciudad, y vió con sorpresa que ya todo era imposible y hasta se sorprendió con que no le doliesen muchos dolores familiares del 14 de abril, y vió que una costra indiferente le acorazaba el pecho frente a la implacable lucha, y vió los muertos queridos, los primeros muertos de su sangre sobre la Gran Vía, y las llamas de la Iglesia de San Luis, y vendió periódicos y alborotó en Universidades, pueblos y talleres, y se batió en los andamios y los tajos, y dió mítines y pegó propaganda en las esquinas, y murió y mató y atentó contra sus semejantes, y un día se fué a la guerra, un día en que la Gran

Vía no pudo verla subir desde el Cuartel de la Montaña, y vino de la guerra y vió el paso de José Antonio entre antorchas y laureles, bautizando la calle, y maduró después de la guerra, como la Gran Vía, y enriqueció sus dotaciones vitales, intelectuales, comerciales, religiosas y frívolas después de la guerra, como la Gran Vía. Y cuando uno de los chicos de la generación volvió de Rusia, pudo decir a modo de parte oficial: «Hombre, frío, lo que se llama frío, sí lo hemos pasado. Pero frío, frío, frío, lo que se llama frío, como en la esquina de la Telefónica, en ningún lado».

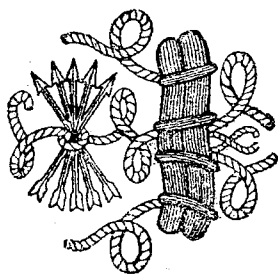
Tres meses lejos de la Gran Vía son siempre recomendables, pero lo cierto es que exponen al viajero a perder el pulso de lo auténtico, de lo vital, del rumor nuestro de cada día, de la verdad nuestra de cada dos días, de la palpitación unitaria, rabiosa y fenomenal de cada tres días. En fin...

La Diputación de Navarra cuida muy bien de las carreteras (1). El asfalto cobra un curioso aspecto de señorial pasillo. La lluvia pretoñal olía a castañas asadas, a Navidad, a estreno en el Cine Avenida, a radio de bar, el

(1) Cuidaba, según me dicen desde mi tierra.

órgano de la iglesia de San José, frontera con Alcalá, a salida de un concierto en el Palacio de la Música, a la voz de los borrachos de madrugada, a las flores de vendedoras ambulantes, a lotería, a puerta trasera de grandes almacenes, a cita de novios, a cita de amantes, al desvergonzado siibido del que para una jaca, a combinaciones de Chicote y los bilbaínos del Abra, a «Formaciones», el «Pueblo», a paseo de estudiantes, a Viático a las diez de la noche, a la total vida y muerte de la Gran Vía. Y eso me coloca al borde de una tristeza irracional. El parón frente a Arbitrios —qué ridícula, necesaria y alegre marca, qué estupenda sensación esta de tropezar con un diplodocus en la sala de máquinas de una central térmica— me despertó, sacudiendo de un golpe sueños, figuraciones y anticipadas nostalgias, que son las peores de todas. A la señal del conductor: «No llevo nada, amigos», respondió el consumero con un versallesco toquecito a la gorra y un reposado: «Buenas noches». Estos portales son la equivalencia humana de una tradicional fórmula de cortesía. Más sirven para saludar a los que van y vienen, que para una efectiva y fiscal tarea de recaudación. Dios los bendiga.

(Continuará.)



LITERATURA



Literatura española

III

MENENDEZ PELAYO



En el pórtico de la entrada a la Biblioteca Nacional, de Madrid, hay una estatua que representa a don Marcelino Menéndez Pelayo, sentado en uno de los sillones de dicho centro con un libro abierto en la mano y en actitud de meditar sobre su lectura. Don Marcelino parece estar absorto en su meditación, como alejado de todo lo circundante o quizá sólo unido mediante las páginas de ese libro abierto que reposa unos momentos. El ensimismamiento del sabio lector es profundo, es el de un hombre que tiene ante

POR CARMEN BRAVO-VILLASANTE

sí toda la literatura española sin ordenar, muchos estantes de libros, a su espalda, que clasificar, muchos incunables por leer y montones de documentos de extraordinario interés histórico y literario, y sólo una vida corta —*ars longa, vita breve*— para poder hacerlo.

El lector que día tras día entra en la Biblioteca Nacional y contempla la estatua de don Marcelino, sabe que esa fué la actitud habitual del gran crítico: un hombre sentado, leyendo incansablemente, cediendo en la lectura para ordenar sus pensamientos o tomar rápidas notas. Don

Marcelino tiene prisa y está solo para acometer la ingente tarea de ordenación; no existe todavía en España el sistema de equipos de alumnos y profesores para la clasificación y el estudio de las materias, como ya se ha organizado en algunos puntos del extranjero para estas tareas científicas. El trabaja sin ayudantes, no va por un camino trillado y únicamente por sus propios medios reconstruye el pasado y valora, casi siempre con juicio certero, todos los libros leídos.

Menéndez Pelayo es la figura más representativa de la segunda mitad del siglo XIX en el campo de la crítica y la erudición. Es un precursor que realizó un esfuerzo enorme por historiar nuestra literatura y dejó sentados los principios de la crítica moderna que, aunque le ha superado, siempre tiene que agradecerle haber abierto el camino y establecido sus fundamentos.

Ya desde muy joven el insigne santanderino (1856-1912) demostró sus aptitudes para el estudio. Después de cursar Filosofía y Letras recorrió gran parte de Europa, con pensiones del Estado, para estudiar en sus bibliotecas. Menéndez Pelayo se presenta para oposiciones para cátedra en la Universidad de Madrid, ganándolas después de brillantes exámenes, en los que el propio tribunal se levanta entusiasmado para aplaudir al opositor y se pregunta con asombro: ¿quién es ese joven de tan portentosa erudición que con extraordinaria naturalidad y fácil palabra va exponiendo sus descubrimientos? El joven opositor, de veinte años, ya entonces presenta una introducción y programa de la literatura española, por el que se va a guiar a lo largo de toda su vida.

Menéndez Pelayo, con amplitud de visión, busca la unidad de espíritu de toda

la cultura hispánica, tanto en sus orígenes hispanolatinos como en las ramas semíticas portuguesas o hispanoamericanas. Revaloriza nuestros clásicos y enaltece el Siglo de Oro español como uno de los momentos más felices de una cultura. La fusión perfecta del sentimiento católico, nacional y monárquico, a juicio de Menéndez Pelayo, da a nuestra literatura del XVII ese sello inconfundible y español cien por cien que la diferencia del resto de las literaturas y le da preponderancia durante ese período.

Don Marcelino, sabio y amante de las glorias patrias, interviene en las polémicas frecuentes en su tiempo sobre el valor de la ciencia y la filosofía española. El expone los méritos de la filosofía de Luis Vives, de Raimundo Lulio, del Padre Suárez y reivindica los méritos de Francisco de Vitoria, creador del derecho internacional. Cuando un extranjero llega al colmo de preguntarse: «¿Hay Renacimiento español?» Menéndez Pelayo sale al paso demostrando cuál fué la poesía española renacentista con Garcilaso, Herrera y Fray Luis y cómo hubo todo un estilo de vida impregnado de Renacimiento, aunque como todo lo de nuestra tierra, a la española.

Menéndez Pelayo, dentro de nuestras mejores tradiciones y fervoroso católico creyente, tuvo, sin embargo, una libertad de concepto de los que aún hoy día debemos aprender mucho. Estudió y gozó la literatura de Heine, al que calificaba de «ruiseñor que ha hecho su nido sobre la peluca de Voltaire», declarándole uno de sus preferidos. Ensalzó las obras y el espíritu de Goethe, considerando sus *Elegías romanas* como una de las más perfectas obras de arte de la Humanidad. Sus firmes creencias no le impidieron nunca

reconocer los méritos literarios de otros que las tuvieron distintas de las suyas, y con amplio criterio, con espíritu humanista, leyó las más diversas literaturas, siempre convencido de que el arte establece una armonía y hermandad universal.

Artista y poeta por naturaleza, aunque dedicado casi exclusivamente a la crítica y erudición, todos sus juicios, además de eruditos, son estéticos. La prosa, aunque a veces peca de exceso de elocuencia y retórica, es entusiasta y arrebatada y en ella se traslucen sus dotes artísticas. Es muy ameno en la expresión y clarísimo en los conceptos.

Sus principales obras: *La Historia de las ideas estéticas en España*, *Historia de los Heterodoxos españoles*, *Historia de la poesía castellana en la Edad Media*, *Orígenes de la novela*, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, *Estudios de crítica literaria* y *Antología de líricos castellanos*. En estos últimos se interesa tanto por las figuras antiguas, tales como Rodrigo Caro y Tirso de Molina, como por los modernos, Pereda y Galdós.

Su conocimiento de las literaturas extranjeras antiguas le sirvió de mucho para sus estudios de literatura comparada.

Muy conocidas son las anécdotas de este infatigable lector. Gran parte de su vida la pasó en el Ateneo, en su despacho particular, donde permanecía leyendo en-

tre montones de libros, olvidado de toda otra cosa. Un camarero del Ateneo subía al despacho a entrarle a don Marcelino la comida, que depositaba a un lado en la mesa cargada de papeles. Más de una vez don Marcelino, embebido en la lectura, se olvidaba de comer, y cuando el camarero subía a recoger los platos vacíos, se encontraba con la sorpresa de hallarlos sin tocar.

Don Marcelino veraneaba en Santander, su ciudad natal. Permanecía encerrado en la biblioteca de su casa, ahora Biblioteca Menéndez Pelayo que pertenece a la ciudad, y sólo al atardecer se permitía el esparcimiento de coger el tranvía de Miranda para ir al Sardinero. Pero lo curioso es que el ilustre sabio subía al tranvía con un libro abierto que continuaba leyendo durante el trayecto, de modo que al llegar al Sardinero, enfrascado en la lectura, no descendía, y como el tranvía es de circunvalación, se volvía al punto de origen sin haber dejado de leer. Estas dos anécdotas y otras muchas de sabio distraído, retratan al hombre que tuvo la mente ocupada por cosas más altas y que con su esfuerzo considerable de concentración y trabajo ininterrumpido, con su enorme capacidad de síntesis, pudo crear la Historia de la Literatura y del pensamiento español.





Aron Cotrus, el transilvano, español de adopción, procedente del espacio trágico de su patria y del más amplio de la latinidad, se encumbra en el firmamento de Montserrat para tropezar con sus canchales eternos y arrancar de ellos los acentos sonoros de la desolación superados al cabo por la esperanza del cenobio que inhabita una Virgen morena. Se anega Cotrus en el océano de piedra, pero si no se acoge a ninguno de sus peñascos berroqueños que le culminan como olas petrificadas, es porque se niega con negación casi total, casi ascética, a todo lo que es

manifiesto. El hombre de los Cárpatos, que es Cotrus, ha encontrado en Montserrat una afinidad imperiosa para su alma.

Es indudable la importancia que tiene para nuestras letras el singular y casi exótico ensayo de adaptación española del verbo poético de Cotrus. Por su amor a nuestro verbo, al verbo español, Cotrus ha hecho obra filológica. A raíz de sus primeras obras escritas en verso, a menudo libérrimo, se ha lanzado a la ventura de la rima equisonante, de la rima masiva y corpórea. Y ha acertado plenamente y con una brillantez apenas sos-

pechada por los poetas nativos de su país de adopción. Reivindica la rima y devalora la medida del verso. No es que el verso carezca de ritmo, sino que cada verso tiene su ritmo independiente, si bien los que predominan son los anfibracos que recuerdan la épica musicalidad de Juan de Mena. En el verbo irregular, o que finge como irregular por su anarquía rítmica, ocurre que, al no imponer su atracción el ritmo propiamente dicho, el señuelo de la atención está todo él a cargo de la rima insolente.

El procedimiento es propio de un nuevo iniciado, de quien ha pasado del verso rumano al castellano. Lo cual se compadece en la nueva disciplina con el empleo de palabras rimantes insólitas, halladas en el regazo acogedor del diccionario.

Montserrat

En siliceo vórtice inmensamente in-
[merso,

del caos tú surges, tajante y terso,
contra todo lo ruín y lo adverso,
como un enorme sí del universo...

El huracán, con ímpetu disperso,
cual ciego, titánico verdugo converso,
te cae de rodillas, tronco transverso...
¿Cómo podría, yo andáбата, afrontarte
[en verso?

Entre peñascos

Cual verde y pétreo cedro,
con raíces en el corazón de la tierra,
con dura paciencia que espera y espera,
entre peñascos, sin prisa y medro...

Nada en el mundo más me aterra,
ante ningún riesgo más me arredro,
en esa mi lucha callada, sin verte:
pan y agua y sol de mi suerte...

Mi pensamiento indómito erra
en la negra y perdida frontera,
y cual águila invisible mi anhelo se va
hacia los cielos del más allá...

Mi arado, el viento

Mi arado, el viento; y el risco, mi agro,
siembro, me siembro de roca en roca
contra el otoño que, cruel, me apoca,
¡oh, pardo Montserrat, mi montaña-mt-
[lagro!...

Con miradas vencidas por tu pétreo ros-
[tro
opaco para ojos mil veces aguileño,
ebrio de los signos estelares del sueño,
ante tu majestad de esfinge me postro...

¿Por qué? ¡Oh, Señor!

¿Por qué la sima? ¿Por qué la cumbre?
¿Por qué, ¡oh, Señor!,
tanto verdor
y tanta y tanta letal podredumbre...?

La vida con rayos me bautiza...
¿Por qué, ¡oh, Señor!,
tanto temblor...?

¿Por qué el fuego? ¿Por qué la ceniza?
¡Ay!, estos nervios, vibrante alambre...
¿Por qué, ¡oh, Señor!,
tanto sudor...?

¿Y el hambre? ¿El hambre? ¿El ham-
[bre...?

¿Qué blanca soledumbre en las cumbres
[contigo!

¿Por qué, ¡oh, Señor!,
el pensar pecador?

¿Por qué la culpa? ¿Por qué el castigo?

Cóndor, mi vuelo al abismo se lanza...
¿Por qué, ¡oh, Señor!,
por qué el amor?

¿Por qué el odio? ¿Por qué la venganza?

Contra la armonía, que en nosotros semi-
[braste,
¿Por qué, ¡oh, Señor!,
el imán tentador,
la rebeldía y el contraste?

En todo yo te veo inmenso, sin verte..
¿Por qué, ¡oh, Señor!,
tanto dolor?
¿Por qué la vida? ¿Por qué la muerte?

* * *

De su obra "Rapsodia Ibérica" toma-
mos unos trozos que a continuación trans-
cribimos:

Sobre tu cuerpo en corazas de monte
[templado,
horizontes como de leyenda, como de en-
[sueño,
se abrieron,
se abren,

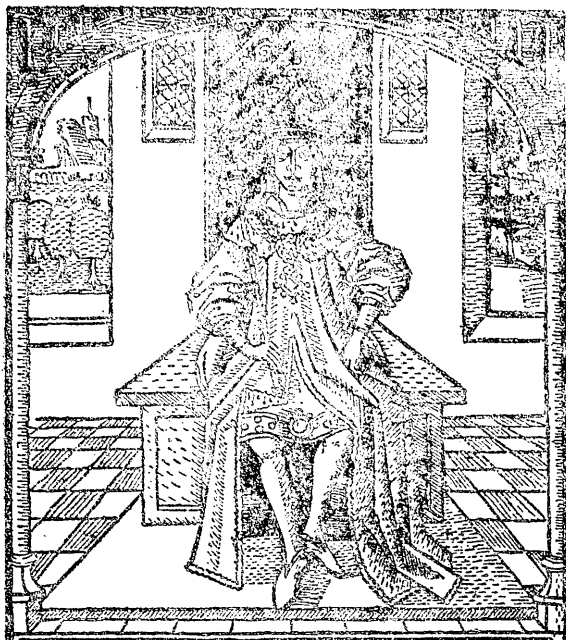
y como a través de azules e infinitas mu-
[rallas
—del abismo de tus entrañas bruscamente
[surgido—,
cabalgar lo veo, en la tormenta, al Cid...

.....
Roma, eterna guía y madre,
en su grandeza sin límites,
volvió sus ojos, un día, hacia el ocaso,
y las miradas en tí las fijó...

.....
¡Oh, la sangre, Iberia, la sangre:
vence los odios, las adversidades, las dis-
[tancias!

La sangre es arma
que sacude, voltea, derrumba
y, como en un secreto juego,
repone, milagrosamente, en su sitio la
[vida.





FIGURAS IMPERIALES

BERNARDINO DE SAHAGUN

VISION IMPERIAL DE LA CULTURA

I

POR MANUEL BALLESTEROS-GAIBROIS

Catedrático de la Universidad de Madrid



El imperio en lo cultural, lo dijimos en nuestro artículo anterior, supone también una dominación territorial. A esta condición primera hay que hacerle un distingo interno, que ponga de manifiesto la enorme dimensión que el imperio tiene en lo cultural, sin dejar de ser esencialmente expansión, influencia, por amplias zonas territoriales.

El distingo es el siguiente: hay esencia imperial por activa y también por pasiva. El primer caso es el de la influencia de los elementos destinados a ser imperiales —lengua, pensamiento, creencias, etc.— sobre otros pueblos. El segundo es la comprensión y comprensión de otras culturas con ánimo de sumarias en un todo superior. Existe en esta segunda modalidad una grandeza que casi

supera a la de la primera, ya que se trata de un fenómeno de madurez de cultura, de plenitud, de espíritu de acrisolamiento. Hay en ella un ansia de unidad y de universalidad que es, como sabemos, una de las características más genuinas del Imperio.

II

Hoy nos toca hablar de un hombre que simboliza este desecho de integración, de unidad, de universalidad: Fray Bernardino de Sahagún. Es este nombre, y este hombre, poco conocido de los que no sean eruditos, pero esto no rebaja un milímetro su altura, y halla explicación su casi anonimato popular en el hecho de que su campo de acción se limitó a la labor de recopilación del *corpus* más importante que existe acerca de las civilizaciones indígenas de Méjico. Pero hagamos primero rápida visión de su biografía, que luego tenemos tiempo de valorar su obra.

En el mundo se llamaba aquel rapaz leonés Bernardino de Ribera, apellido asturiano o gallego. Pero como había nacido en Sahagún, al entrar en la Orden de San Francisco, como es costumbre en ella, mantuvo su nombre, pero adoptó como apellido el lugar de origen. Era, sin duda, jovencísimo cuando llega a Méjico, en 1529 —aún no transcurridos diez años de la pacificación—, pues cuando muere, en la misma ciudad, en 1590, se dice que cuenta más de ochenta años. Había llegado en una expedición de veinte franciscanos, bajo la dirección de Fray Antonio de Ciudad Rodrigo, uno de los famosos «doce frailes» o apóstoles de la Nueva España, de Méjico.

En los sesenta y un años que Fray Bernardino de Sahagún permaneció en Méjico, se dedicó por entero a dos grandes tareas: la evangelización y educación de los indios, y el estudio de su cultura, también con fines cristianizadores, ya que si quería conocer me-

por las tradiciones y costumbres de los indios, era con la finalidad de que el éxito de la predicación fuera ayudado por una sabiduría complementaria, que contribuyera a mejor comprender al catecúmeno.

El contacto con los indios, la necesidad de hacerse entender de ellos, la copia incansable de sus canciones y tradiciones, acabó por proporcionarle el más acabado conocimiento que extranjero alguno ha tenido —incluidos muy valiosos misioneros posteriores— de la lengua azteca o *nahuatl*. Era tanta su soltura en ella, que se dice, siendo tartamudo, o de difícil expresión, en castellano, poseía una rara fluidez en los sermones que en la lengua indígena predicaba a los indios, que acudían a millares a oír su voz.

III

Su obras fueron numerosas y su actividad incansable, pero de todas ellas destaca, con un brillo no igualado, por su carácter único, la titulada *Historia de las cosas de la Nueva España*, integrada en XII libros, que forman la más completa enciclopedia histórico-etnográfica que se pueda poseer sobre cualquier pueblo indígena.

Por las páginas de esta singularísima *historia* pasan todos los elementos que constituyeron la civilización azteca. Las creencias, los ritos, los calendarios, las costumbres, los nombres y atributos de los dioses, sus festividades y ceremonias, el modo de vivir y de pensar de los mejicanos, su historia, sus tradiciones, sus ideas acerca del origen del mundo... todo, en una palabra.

¿De qué medios se valió para conseguir tan sorprendentes resultados? Toda una vida —y la suya fué íntegramente dedicada a las actividades que he indicado— no hubiera bastado para conseguir lo que él logró. Porque su obra, y en ello radican sus mayores va-

lores, es, en una subida proporción, auténticamente indígena, es decir, es el trasunto fiel —realizado por los propios indios— de todos los elementos culturales que hemos dicho. Se valió, para obtener mejores frutos, de los propios indios. Pero esto, que es sencillo de decir, y que puede ser tomado a la ligera, no era tan fácil de hacer en el siglo XVI. Entonces los indios no tenían la menor noción de lo que era la escritura y del sistema de representaciones que ella significa. Se imponía, por lo tanto, en primer lugar, adiestrar a los indios en las artes de escribir, educarlos como párvulos, para convertirlos de meros rapsodas o recitadores, en redactores y amanuenses. Gracias a su incansable celo y a su probada paciencia, Sahagún consiguió reunir en su torno un elenco extraordinario de colaboradores.

Con tales elementos construyó una de las obras más originales de nuestra historia científica, ya que no se trata de un libro totalmente escrito, sino de una obra en la que las ilustraciones, por primera vez, tienen un valor activo y van referidas directamente al texto. Y lo grande y digno de atención es que esta obra no puede figurar en la historia de las letras castellanas... porque está escrita totalmente en lengua azteca, aunque de ella hizo luego una abreviatura o sumario —que es ya por sí solo un libro importante —en castellano.

Hasta aquí la historia y la exposición de los hechos. Ahora su valoración. Sahagún presenta, sin duda, la primera escuela franciscana —y, por lo tanto, española también— de comprensión del indio, cuya cultura trataba de entender y respetar, procurando al mismo tiempo perpetuarla por la vía del conocimiento, sumando sus experiencias mejores a las ideas españolas. En este sentido es preciso considerarle como uno de los más genuinos representantes del ánimo de entendimiento y de tolerancia, más amplia y humanitaria hacia las formas ajenas de cultura —con un decidido ánimo de integración— que pensarse pueda. Es, pues, un timbre de gloria para la España imperial.

Dejando a un lado todo lo que Sahagún significa dentro del campo mismo de la ciencia, ya que se le tiene como el verdadero fundador de la Etnología, recojamos lo que vale como figura imperial. Frente a un mundo desconocido, a unas costumbres y tradiciones exóticas, no las repele o repudia, no las desprecia ni malcomprende, sino que las recoge, estudia, depura y humaniza a la española, para que todo lo que era una herencia cultural importante, se cristianizara, se transformara, por obra suya y de sus hermanos de religión y de misión, en el cuerpo de una realidad nueva y católica: el Imperio.





A partir de este número ampliamos el contenido de esta Sección, al mismo tiempo invitamos desde aquí a todas las Maestras o personas interesadas en esta Sección a consultarnos los problemas relacionados con la Pedagogía. Interesadas en que CONSIGNA refleje lo mejor posible toda clase de problemas que surgen a las Maestras y en darles información de todo cuanto les puede interesar para poderles ayudar algo más en lo que de problema exista para las Maestras en el sentido informativo y de régimen interior de sus escuelas.

LA CLASIFICACION EN LAS ESCUELAS

No vamos a abordar todos los aspectos del tema de la selección de las alumnas que han de constituir cada clase, ni a discutir todos

los criterios que pueden servir para esta clasificación. Nuestro propósito en estas líneas es más modesto. Acaso por esto mismo resulte más eficaz. Intentamos ofrecer algunas sugerencias orientadoras en la práctica de esta selección, aduciendo los argumentos en que apoyamos nuestro parecer, y procurando, sobre todo, que la comprobación de los mismos haya sido directa, propia.

Partamos de un hecho general: que la clasificación, cuando no se hace por la edad o por el aprovechamiento pedagógico implicado en el caudal de conocimientos reflejados en el examen o en las notas de curso, se verifica por medio de los tests de inteligencia. Según esto, los que en el test de inteligencia arrojan resultados superiores, ascienden a cursos superiores. Con lo cual, se puede afirmar que la criba se hace siempre según

la edad: ya sea según la edad cronológica o según la pedagógica o según la edad mental. Esto no es del todo exacto, pero es prácticamente verdadero. Por lo menos, en cuanto que estas selecciones tienden a producir niveles homogéneos en edad o en conocimientos o en inteligencia.

Enjuiciar el acierto de estos criterios preciaría un análisis prolijo de cada uno, para el cual ni estamos capacitados ni dispuestos. Vengamos, pues, sobre uno de ellos y hagamos algunas consideraciones al margen de la rutina. Para ello, consideremos un hecho concreto, comprobado por propia experiencia, con motivo de la adaptación del test Otis Superior de inteligencia.

Como es sabido, este test resulta valioso para el descubrimiento de un tipo de inteligencia prácticamente concorde con el requerido para los estudios. Su correlación con el aprovechamiento mostrado por los aspirantes a ingreso en la Institución Sindical «Virgen de la Paloma» fué de 0,71; lo cual indica que aproximadamente la mitad de todo lo que constituye el rendimiento escolar en esa circunstancia, dependería o estaría conexo con la inteligencia, tal como ésta se refleja en el Otis Superior. Con el Otis Elemental, también en trance de adaptación por nosotros, la correlación es parecida. De todos modos, es raro encontrar una conexión mayor que ésta entre un test de inteligencia y una prueba de aprovechamiento, como no sea en edades escolares inferiores a la de doce años, a la cual nos referimos en esta experiencia.

Suponemos conocido el dato de que el test Otis suele imponer una condición en su aplicación: la de cortar a la media hora exacta de empezada la prueba. Se nos ocurrió contrastar la bondad de esta medida, y esta ocurrencia dió pie a las consideraciones que motivan estas páginas. Aplicamos el test a unos 500 alumnos de los cuatro cursos últimos del

Magisterato en el Colegio de Ntra. Sra. del Pilar, permitiéndoles terminar en el tiempo que necesitaran, pero tomando la precaución de hacerles señalar, a la media hora, el lugar preciso en que estaban trabajando en ese instante.

Comparando, luego, y analizando mediante dos criterios estadísticos —una correlación y un coeficiente de contingencia— lo que cada uno había hecho en la primera media hora con lo que fué capaz de hacer en todo el tiempo que tuvo por conveniente, comprobamos esta conclusión decepcionante: nada tenía que ver la rapidez con el número de soluciones acertadas en el total del tiempo empleado. Dicho de otro modo: hay chicos inteligentes y rápidos (listos) y otros inteligentes y lentos; chicos torpes y rápidos (atolondrados), y chicos torpes y lentos (tardos). Pero lo curioso es que existe aproximadamente la misma cantidad de unos que de otros. Si hubiésemos ordenado la terminación y recogida del test a la media hora, habríamos llamado torpes, injustamente, a la cuarta parte, aproximadamente, de los que alcanzaron una puntuación insatisfactoria. Esa cuarta parte eran inteligentes, pero lentos.

La inmediata consecuencia, tomada desde aquel momento, fué la de no dar por concluso el test a la media hora. Pero hay otra, de suma importancia, implicada en estas conclusiones experimentales: la de que entre los inteligentes hay unos que son lentos y otros que son rápidos. No hemos descubierto el Mediterráneo, pero acaso lo descubramos cuando indiquemos la consecuencia siguiente: la clasificación, de hacerse según la inteligencia, debería verificarse atendiendo a dos tipos fundamentales de la misma: los lentos y los rápidos. Dicho con otras palabras: atendiendo a la sola inteligencia para clasificar a los alumnos por clases, todavía no se ha conseguido nada; de ellos, lógicamente, habrá una

algunos muy «ardientes» son notablemente inferior al que debería esperarse por el rendimiento en el test. La clasificación debería atender, con el mismo interés que al nivel de inteligencia, al de soltura o pegajosidad de los procesos mentales, que se refleja por la velocidad o lentitud de los rendimientos, y no por la calidad. Más claro todavía, desde el punto de vista del maestro. Cuando en la clase se explica un problema algo difícil, salen entendiéndolo los listos-rápidos; y salen sin entenderlo los torpes, los atolondrados y... los inteligentes lentos. Estos lo entenderán probablemente en casa; pero el maestro, entre tanto, se ha esforzado inútilmente por que lo comprendieran. Y esto no es lo más grave: con serlo bastante, porque fatiga inútilmente. Lo peor es si, en vez de uno, son cinco problemas difíciles; y si pierde la paciencia el maestro y le llama «torpe»; y si el niño se lo cree; y si llegan a creérselo los que le rodean. Entonces, aparte el suplicio que significa para él, mayor cuanto más inteligente sea, la merma de rendimiento es segura, por la inseguridad misma del chico y por la desconfianza consiguiente en sus fuerzas. Visto desde el rendimiento, es casi tan pernicioso el creerse torpe como el serlo. En cuanto un equilibrista titubea, se cae como un lego; y un futbolista que teme resentirse del dolor de empeine, chutará casi tan flojo como si en realidad le fuera a doler, aunque estuviera curado. Mas esto es otro tema, y pide otra ocasión.

¿Qué criterio adoptar, entonces, para la clasificación de los escolares? Hablando en el supuesto de que se haga según la inteligencia, y planteándolo en el caso excesivamente simple de que se puedan hacer cuatro grupos, nos parece más apropiado hacer un grupo con cada uno de los cuatro tipos hallados. El maestro podría acomodar así, sin grandes distensiones del esfuerzo, la explicación a la

debería esperarse por el rendimiento en el test, a unos, cosas difíciles y con ritmo de actividad más bien acelerado; a otros, esas mismas cosas, pero más despacio; a otros, cuestiones más fáciles, etc.

El caso se ha planteado en su grado extremo de sencillez, y, por lo mismo, en su probabilidad mínima de aplicación. Vamos a suponer que se pueden hacer solamente dos grupos. Se ha discutido mucho, y se seguirá haciendo, porque hay razones sólidas en pro de una opinión y de la otra, y su aceptación más depende del peso que particularmente se quiera otorgar a unas o a otras; se ha discutido hasta la saciedad si es o no conveniente la separación de los grupos precisamente a base de su inteligencia. No se nos ocurre dividir la cuestión, naturalmente. Lo que nos parece oportuno es atenuarla o eludirla. En la solución anterior se atenuaba. En la presente, se pretende eludirla. Y creemos que se consigue, si, en vez de hacer la separación por la calidad de la inteligencia, se atiende al ritmo o tiempo de la misma. Entonces tendríamos en una de las dos clases a los que más bien trabajan rápidamente; y en otra, a los que lo hacen con más parsimonia. Pero en ambas clases habría inteligentes y torpes por igual, aproximadamente. Creemos que el rendimiento se beneficiaría de este simple reparto. Y mucho más si al grupo de los despabilados se les destina un maestro movido y ágil, y al de los parsimoniosos un paciente escogado y constante. Pero activo en ambos casos; que no es lo mismo pausado que haragán.

No tenemos noticia de que esta sugerencia se haya puesto en práctica. Pero sí hemos observado, y otros muchos con nosotros, que el rendimiento no es proporcional a la inteligencia en la medida que era de esperar. Es que hay otros factores de este rendimiento que no son la intensidad de la inteligencia, sino otras cualidades de la misma o, mejor,

de la persona en su integridad, una de las cuales es la perseverancia. Tal vez nos extendamos más otra vez sobre el tema; pero, por el momento, nos plantea la duda de si no será un despropósito juntar en el mismo grupo a chicos despiertos, vivaces, que captan a la primera las palabras —y las sonrisas de complacencia— del maestro, con escolares tardos, rumiadores, lentígrados, que, con menos fama de listos, se llevan, a la postre, las mejores notas, un poco desvalorizadas por la tilde de empollón que le atribuyen sus compañeros expresamente... y el maestro en sus adentros.

Y aquí viene otra cuestión, suscitada en las clases unitarias, en caso de ser tan conveniente la clasificación que propugnamos. ¿Qué hacer, cuando forzosamente hemos de atender en la misma clase, en el mismo local, no ya a todos los chicos de un mismo grado o curso, sino a los de varios cursos o grados? El problema se invierte en cierto sentido: en vez de preguntarse cómo lograr la más perfecta técnica pedagógica, se trata de mirar cómo ir superando cada vez más el influjo pernicioso de la mala organización escolar. (Al decir mala, no suponemos que sea culpable). De todos modos, no se cierra el paso a toda iniciativa. Por el contrario, si la clase es numerosa, lo que no es posible separar por tabiques, se atiende por secciones. Y si los escolares son pocos, esta circunstancia permite una mayor atención a las diferencias individuales, y se elimina de raíz la causa misma que plantea el problema de la clasificación, que es el hacer más homogéneos los grupos, en vista de que es imposible dedicarse a los individuos.

En las clases unitarias numerosas es difícil, sin embargo, atender para clasificar, a otra cosa que al rendimiento mismo, es decir, a cómo y cuánto saben. La marcha de la enseñanza va trazando unas conveniencias y obligando a unas soluciones. Es difícil hacer otra

cosa que la que se viene haciendo: dividir la clase en secciones de más y menos aprovechados, prescindiendo de si son mayores o menores, más listos o más torpes. Es posible, no obstante, hacer eso mismo de un modo más esmerado, más eficaz, más pedagógico. Las indicaciones anteriores pueden dar una orientación general complementaria. Otras más se inferirán de lo que en días sucesivos vayamos exponiendo. Para hoy, tenemos ya tema de meditación.

FRANCISCO SECADOS

LA EDUCACION FISICA

Sentido

La educación física es la reunión de dos términos que se complementan necesariamente. Al ir por anticipado y primero el término educación sobre la significación que pudiera tener lo físico, hemos querido indicar una inmediata apreciación y un rico significado doctrinal.

La educación se perpetúa a través de la intención y fuerza con que la voluntad pueda conformar el destino y el lugar en el que nos situamos. Estos son más que el mundo exterior, nuestro propio cuerpo, y, naturalmente, por esto la educación física significa una arquitectura plástica, un dominio sobre territorios un poco aparte de lo volitivo, pero de todas formas inevitablemente enlazado al ser del hombre.

Hacer del cuerpo un templo, virtualizar el germen corporal, es no sólo atraer hacia el espíritu el reino de lo material, sino más bien ordenar idealmente a la realidad total del hombre.

El hombre sin su cuerpo es una vaciedad, un aleteo imaginario. En su cuerpo se pierde por la sugestión de la carne y por lo demoníaco de la vida instintiva. El hombre que mantiene la vitalidad del cuerpo en un ries-

go ascendente y elevado, va construyendo el mejor destino para sí mismo.

Esta aventura la planteó Grecia y por ella realizó su arte. Quizá en ello hubiera demasiado de estética y de narcisismo, pero de todas formas el punto de arranque para merecer mejor aliado que el que puede darnos el ser de cuerpo, estaba dicho.

Arquitectonizando nuestras posibilidades corpóreas resplandeceremos en alma y deseos nobles. Y tal vez así, junto con la luz del alma, se incorpore en el cuerpo la magnificencia de la postura y belleza del gesto. No en balde los grandes poetas dijeron del hombre que él era elegido, por llevar la frente alta, hacia la altura de los siglos.

Reflexiones

1. La educación Física puede ser considerada como una preparación de actitud ante la vida.

Así como en la vida nos preparamos para vencer obstáculos y dificultades, tal vez en muchos casos exteriores a nosotros, la educación Física sitúa el obstáculo y el vencimiento dentro de nosotros mismos, en la frontera existente entre el alma y lo exterior, en el dominio de ese mundo insondable que llamamos cuerpo.

2. La educación Física es una sistemática por la que llegamos a entendernos y a reconciliarnos con ese instrumento dócil y al tiempo altanero que es el cuerpo.

3. La educación Física nos sitúa en un perfecto límite de luminosidad, en el que el espíritu y lo corporal conforman un todo humanamente ideal.

4. Para poder actuar eficazmente en esta faceta educativa tenemos que adentrarnos en su ciencia y técnica, tenemos que adquirir también ese dominio, esa armonía.

Notas

— Recomendamos la lectura del libro de Lili Álvarez «Plenitud» (Editorial «Epesa».

Madrid, 1946, 15 pesetas); él ayuda a querer vencer a nuestro cuerpo, a encontrar el sentido trascendente y ascético que implica todo auténtico deporte, y él está hecho por una mujer.

— Piense la Maestra en las posibilidades que tiene en llevar esta inquietud a la práctica: edades de las alumnas, material, conocimientos...

— Las lecciones de gimnasia aparecidas en nuestra Revista están hechas para colaborar en este aspecto de la educación. Responden al desarrollo psicológico y biológico de las niñas. Quieren ser sencillas en su expresión, útiles.

INFORMACION

Curso de Pedagogía familiar.

Ha comenzado en Madrid, organizado por la Sociedad Española de Pedagogía. Terminará el 8 de abril y se celebra en el salón de actos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. El día 16 de febrero comenzó el curso el Rvdo. P. Juan Tusquets, dedicó su conferencia a la «Familia y educación familiar». Principalmente, centró el problema en la trascendencia que los padres tienen en la formación religiosa del hijo.

Este curso responde a una necesidad, la colaboración de los padres y maestros, y cada día surgen nuevas iniciativas, con el fin de ir coordinando ambas fuerzas educadoras.

Educación Física

La F. A. E. desarrolló su XXII Semana Pedagógica en torno a este tema. Colaboraron en la Semana muchos sectores dedicados a la enseñanza. Los temas fueron numerosos y, desde luego, quedaron estudiados todos los aspectos de la educación Física. Aunque estaba dedicada a la Enseñanza Media, todo tiene aplicación a la Escuela Primaria por

cuanto que, junto a los problemas específicos de esa edad, se afirmaron principios generales y, naturalmente, toda labor que se realice en este sentido en el Bachillerato, pide que haya sido iniciada en la Escuela.

El arte de los niños

Sebastián Gasch ha publicado un libro sobre «El arte de los niños». Casi todas sus páginas están dedicadas al dibujo infantil. Verdaderamente a través de ellas se comprendió al alma del niño y se vislumbra el poder casi mágico que puede representar el encauzar bien desde el principio el dibujo en la Escuela.

Si la espontaneidad favorece el poder creador del niño, si le da posibilidades de plasmar lo que es él, no se puede por ello olvidar el otro valor que el dibujo tiene: educar

la sensibilidad, orientarla, adquirir la destreza de la mano para que ésta obedezca a las necesidades expresivas. Sin embargo, el valor proyectivo y creador del dibujo es un hecho real. De aquí la necesidad de acentuar el dibujo espontáneo o, a lo más sugerido —quizá a veces bastante olvidados—, se contribuirá a que el niño comience a manejar los materiales de su propia vida.

Al final del libro dedica Gasch un capítulo a la escultura infantil, interesante y sorprendente el campo que tiene que abrirnos este trabajo, que es juego casi para el niño, que modela en sus manos a la misma naturaleza, la pasa por él mismo.

Ha sido editado por «Producciones Editoriales del Nordeste». Barcelona, 1953. Tiene 76 páginas y 80 ilustraciones en negro y color y dos cuatricromías.





BIBLIOGRAFIA

COURTOIS, Gastón: *El Magnificat meditado*.
Edit. S. E. Atenas, S. A. 1953. 58 páginas 14 x 20, rústica; 7 ptas.

«Se busca a veces muy lejos el tema de las meditaciones, cuando se tienen a mano y muy cerca las oraciones usuales. ¡Qué riquezas hay en el Padrenuestro y Avemaría!» Con estas palabras de introducción el Abate Courtois ha explicado la razón de ser de este estudio sobre el Magnificat, «verdadero resumen de teología ascética y mística, a poco que se quiera profundizarlo». Bueno será que tantos hombres que a diario han cantado en su infancia, en la capilla del colegio, con voces destempladas y sin entenderlo, este himno exultante de gozo, repasen uno a uno con veneración y amor estos versos en los que la

Virgen glorifica al Señor, al mismo tiempo que se humilla. (Orbi.)

DALM, Paul: *Pío XII*.—Edit. Dinor. San Sebastián, 1953. 116 págs.; 160 ptas.

Bien merece S. S. Pío XII el magnífico alarde tipográfico de este volumen, que hay que agradecer a la ya citada Editorial donostiarra, puesto que es difícil encontrar en la producción librera de estos años algo semejante. La biografía del Papa discurre paralela en el texto, fechado en Colonia, y en las interesantes y bellísimas fotografías que lo ilustran y que perpetúan, además, los más trascendentales acontecimientos de la vida de la Iglesia en la época actual. De otras se desprende con detalles conmovedores el fervor de los fieles hacia Pío XII y el paternal amor

de éste hacia sus hijos sin distinción de razas y países. Obra muy recomendable para todos. (Biblioteca y Documentación.)

USATESCU, George: *Europa Ausente*.—Editorial Nacional. Madrid, 1953. 193 páginas; 30 pesetas.

Parece que el propósito del autor, rumano, es el de recordar que, a consecuencia de la última guerra, han quedado en «una cárcel 120 millones de europeos», y poner de relieve la trágica situación de esa «Europa ausente», cuyos perfiles materiales y morales describe. Pero no se trata de una obra meramente expositiva de hechos; el autor ahonda en el estudio de varios aspectos del problema internacional creado por esa frontera «entre dos mundos irreconciliables», el de la idea de nacionalidad, entre otros. En conjunto, una obra que exige atención sostenida por parte del lector y conocimiento de la política internacional. El fondo, excelente. Lectores cultos. («Biblioteca y Documentación.»)

PLUTARCO: *Vida de grandes hombres*.—Editorial Mateu. Barcelona, 1953. 239 páginas. 13,5 x 19,5, cartón; 30 pesetas.

Estas *Vidas de grandes hombres* son un retazo de la obra cumbre de Plutarco *Vidas paralelas*. Esto basta para comprender que las biografías en ellas transcritas forman un libro recomendable para cualquiera, pero muy especialmente para la juventud estudiosa, ávida de conocer la historia de Grecia y de Roma vinculada a sus grandes hombres. Ni aun someramente podemos aquí hacer un análisis, por otra parte innecesario de la obra. Los innumerables comentarios que han merecido las *Vidas paralelas* nos eximen de más consideraciones acerca de este compendio de ellas. Podrán leer esta edición los mayores y los jóvenes con alguna cultura. (Orbi.)

ALEXANDRE, José Javier: *Ver y cantar*.—Edit. Nacional. Madrid, 1953. 159 páginas. 17,5 x 24, rústica; 40 pesetas.

Poesía auténtica la de Alexandre, poesía que sabe a verdad. «¡Hay tanto que cantar, Señor, hay tanto!», comienza la poesía inicial del libro de Alexandre. Coincidimos al punto con quien vemos que quiere recuperar los recursos más sencillos y que, da la casualidad, son los más hondos. En el libro de Alexandre hay de todo; el poeta canta juntamente con sus motivos más recónditos a los niños, a los arcángeles, a las doncellas, a la primavera, a la novia, al mar y hasta interpreta en una poesía cristalina la Asunción de la Virgen María. Una elegía a su padre fusilado penetra también muy hondo. Para jóvenes con cierta cultura. (Orbi.)

TAFIEFF, HAROUN: *La sima de la Pierre Saint-Martin*.—Edit. Juventud. Barcelona, 1953. 1.ª ed. 175 págs.; 60 ptas.

Varios volúmenes describieron las numerosas ascensiones de valientes alpinistas hasta conseguir el pleno dominio de la cima, pero este libro tiene la novedad de penetrar en ella, introduciéndose en la montaña para llegar a las más profundas simas; como los alpinistas, los espeleólogos poseen el virus de conquista. El autor, compañero de Loubens, nos relata las expediciones de los años 1951-52 en la sima de la Pierre Saint-Martin, escenario del trágico accidente que quitó la vida a Loubens, y en la que consiguieron los espeleólogos el récord de la profundidad, más de 440 metros, pasando por salas, galerías y túneles y encontrando un caudaloso río. Obra amena y concisa que despierta gran interés y que hará revivir al lector los emocionantes momentos de tan temerarios descensos. Todos disfrutarán con su lectura. (B. y D.)

WODEHOUSE, P. G.: *Algo fresco*.—Trad. Manuel Bosch Barret.—Edit. Janés. Barcelona, 1952. 318 páginas. 19 × 12, tela; 50 pesetas.

Ayudado por su fino humorismo, ha logrado P. G. Wodehouse componer una novela entretenida y graciosa, con el mínimo argumento posible: la desaparición de un escarabajo egipcio del museo de un chiflado coleccionista y su recuperación en el de otro. Esta sencilla trama sirve de pretexto para criticar con sutil ironía la mentalidad de algunos millonarios, la desfachatez de la servidumbre de una casa grande; la técnica de ciertas disparatadas novelas detectivescas y sus efectos en abobados lectores, a quienes entusiasman. Todo ello va contado con joco desenfadado y con la soltura propia de un escritor ejercitado, por su abundante producción, en el manejo del elemento cómico. Sin reparos morales de importancia. (Orbi.)

ZWEIG, Stefan: *La institutriz*.—Edit. Juventud. Barcelona, 1953. 92 páginas; 25 pesetas.

Cuatro narraciones cortas abarca esta obra: la primera, que da el título, de tipo psicológico; las otras tres, sobre consecuencias de la guerra en personas pacíficas y de profesiones diferentes. Tanto la tragedia moral de los niños e institutriz, como las dificultades de la vida de los restantes relatos, tiene un fondo de interés muy humano, lo que ha sabido el autor exponer con pincelada maestra. Interesa, por lo tanto, la lectura, y aunque realista, no ha pasado los límites del decoro, siendo, al contrario, discreta la exposición. Conviene alguna formación en el lector, que gustará en todo momento del estilo ágil del autor y de la correcta traducción. (B. y D.)

PRAWDIN, Michael: *Gengis-Kan, el conquistador del Asia*.—Trad. Guillermo y Luis Gossé.—Edit. Juventud. Barcelona, 1953. 430 págs. 14,5 × 22,5, tela; 90 pesetas.

Obra muy interesante, hecha con suma pulcritud y gran erudición. En ella se destaca la gigantesca figura del protagonista, conquistador del Asia y de parte de la Europa Oriental y Central, y que a punto estuvo de apoderarse también del Occidente, salvado de milagro. Pone de relieve el eterno peligro que, a través de los siglos, se cierne eternamente sobre la civilización occidental por la potencia inmensa del coloso amarillo. Libro digno de leerse. Personas de cierta cultura. (Orbi.)

HOFFMANN, Ernesto: *Cuentos de Hoffmann*. Edit. Dólar. Madrid, 1953. 159 páginas 15,5 × 15, rústica; 5 pesetas.

Un cuento infantil, con el asunto concreto, pero misterioso, de los muñecos que se mueven con precisión de relojería y música de minué. Bellas creaciones imaginativas, escritas quizás para niños, pero que es muy dudoso que ellos entiendan. Siguen después varios cuentos románticos en los que amores desesperados viven entre compases musicales de Glück y los de Mozart. Y al leerles, recordamos que en nuestra infancia tuvimos este libro entre las manos. La actitud romántica tiene un algo misterioso que encanta a la infancia; aunque después acudan a los mayores para que se lo expliquen. En fin, no vamos a descubrir los *Cuentos de Hoffmann*; sólo tributar el homenaje que merecen estas pequeñas obras maestras. (Orbi.)

CONCURSO DE LOS LIBROS MEJOR EDITADOS DEL AÑO

Por un Jurado constituido por don Julián Pemartín, don Adriano del Valle, don Miguel

Herrero García, don César Paumard, don Francisco Pérez Linarcs, don Manuel Castro Gil y don Tomás Mira Carbonell, en el Instituto Nacional del Libro Español se han concedido los premios establecidos en el concurso «Los libros mejor editados del año», correspondientes al año 1953, a las siguientes obras: «Antifonario visigótico mozárabe de la Catedral de León» (Consejo Superior de Investigaciones Científicas); «La miniatura, retrato en España», por Mariano Tomás (Dirección General de Relaciones Culturales); «El antiguo régimen», por Franz Funck Brentano (Ediciones Destino, S. L., Barcelona); «Anatomía topográfica humana», por Eduard Pernkopf (Editorial Labor); «Los corales de Capricornio», por F. D. Ommanney (Editorial Labor, S. A., Barcelona); «Publicidad combativa», por Pedro Prat Gaballi (Editorial Labor, S. A.); «Diccionario de Botánica», por F. Font Quer (Editorial Labor, S. A., Barcelona); «Arte rococó», por A. E. Brinckmann (Editorial Labor, S. A., Barcelona); «Pío XII», por Paul Dahn (Editorial Dinor, Sociedad Limitada, San Sebastián); «El arte culinario moderno», por Henri-Paul Pella-

prat (Editorial Argos, S. A., Barcelona); «Historia del coche», por Luis Soler (Editorial Cigüeña, Madrid); «De la pintura rupestre a la historia gráfica», de Lancelot Hogben (Ediciones Omega, S. A., Barcelona); «El arte de los niños», por Sebastián Gasch (Producciones Editoriales del Nordeste, Barcelona); «Evolución de la cultura en América», por Felipe González Ruiz (Sapientia, Sociedad Anónima de Ediciones, Madrid); «Bajo el cielo de Tahití», por A. T. Serstevens (Ayma, S. L., Editores, Barcelona); «La hermana muerta», por Carlos Ges (Castellón de la Plana); «Historia de Pabar el elefantito», por Juan Brunhoff (Aymá, Editores, Barcelona); «Madrid es así», por José del Corral Raya (José María Sanz García, Editor, Madrid); «Enciclopedia de las Artes», por Dagobert D. Bunes (Librería Editorial Argos, Barcelona); «Marcelino, Pan y Vino», por J. M. Sánchez Silva; «Tratado moderno de las industrias del caucho», por M. Vidal de Cárcer (José Montesó, Barcelona); «Enciclopedia Universal Herder» (Editorial Herder, Barcelona).



CONCURSOS

CONCURSO SOBRE LA OBRA FILOSOFICA DE ROSMINI

El Consejo Organizador de los actos conmemorativos del I Centenario de la muerte de Antonio Rosmini, con el fin de promover el conocimiento y las investigaciones sobre el sabio pensador italiano, convoca un concurso para premiar el mejor estudio

crítico sobre la filosofía de Rosmini o sobre algunos de sus aspectos fundamentales.

Podrán concurrir al certamen los escritores no italianos.

Los trabajos serán inéditos, y se remitirán al notario doctor Giuseppe Darioli, Domodossola, provincia di Novara (Italia). Estarán escritos a máquina, a doble espacio, en cinco copias. Podrán redactarse en la-

tín, español, francés, inglés, alemán o italiano.

El premio será de 500.000 liras italianas. El plazo para la recepción de trabajos expira el día 30 de diciembre de 1955.

PREMIO «JUAN BOSCAN» DE POESIA

El Seminario de Literatura Juan Boscán, del Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona, ha convocado el Premio «Juan Boscán 1954», dotado con 5.000 pesetas, que se concederá al mejor libro de poesía de tema libre cuya extensión no pase de 700 versos y sea superior a los 400. Los originales deberán ser remitidos al Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona (calle de Valencia, 231) antes del día 30 de abril del año en curso. Podrán concurrir a este certamen los poetas españoles e hispanoamericanos.

PREMIO «ANTOINE DE RIVAROL»

Este premio, fundado en Francia en 1949 como homenaje al autor del *Discurso sobre la universalidad de la lengua francesa*, está destinado a una obra escrita en francés por un escritor de nacionalidad extranjera.

Se concede con arreglo a las siguientes bases:

1.ª Serán admitidos a concurso los escritores de nacionalidad extranjera que no pertenezcan a ninguno de los países en que el francés es una de las lenguas oficiales.

2.ª Se premiará una obra o el conjunto de obras, manuscritas o publicadas, correspondientes a alguno de estos géneros: novela, teatro, crítica, ensayo o poesía.

3.ª El plazo de admisión de las obras se cierra el 15 de abril de 1954.

4.ª Las obras ya publicadas no deberán ser anteriores al 1.º de enero de 1951, y se enviará un ejemplar a cada miembro

del Jurado y otro a la Secretaría del Premio: Librería Bonaparte, 31, Rue Bonaparte. París 6º.

Las obras no publicadas deberán estar mecanografiadas y se dirigirán por duplicado a la Secretaría, la cual no se compromete a devolverlas a sus autores.

5.ª El premio será discernido en el mes de junio de 1954, y se elevará a 50.000 francos franceses.

6.ª Las deliberaciones del Jurado son secretas y sus decisiones inapelables.

El Jurado estará compuesto por los siguientes señores: Emile Henriot, Gabriel Marcel, François Mauriac, Jules Romains, Daniel Rops, Jean Schlumberger, Jules Supervielle y Henry Troyat.

PREMIOS OTORGADOS

PREMIO «NADAL» 1953

El premio «Nadal» del pasado año 1953 le fué otorgado a Luisa Forrellat, por su novela *Siempre estamos en capilla*, primera obra escrita por la ganadora. Se trata de una novela en la que se describe la lucha de tres médicos ingleses a finales de siglo para hacer frente a una epidemia de difteria.

Quedó finalista la obra de Núñez Alonso *La gota de mercurio*.

PREMIO «FEMINA» 1953

Este premio, dotado con 50.000 pesetas, ha recaído el pasado año en la escritora Angeles Villarta, quien concurrió al mismo con su novela *Una mujer fea*.

PREMIO «UNIVERSIDAD DE SALAMANCA»

El Jurado encargado de calificar los trabajos presentados al premio «Universidad de Sa-

lamanca», convocado por la Oficina de Educación Iberoamericana con motivo de la conmemoración del VII Centenario de la Universidad de Salamanca, ha acordado otorgar el premio al artículo *Salamanca*, original de don Lope Mateo.

CONCURSO DEL SEMANARIO «JUVENTUD»

El Jurado designado para discernir los premios de cuentos y poesías en el concurso convocado por el semanario *Juventud* ha concedido el premio de 10.000 pesetas al cuento titulado *Seguir de pobres*, original de Ignacio Aldecoa, y un accésit de 5.000 pesetas al titulado *Cuando se recogen las espigas*, de Juan Guerrero Zamora. El Jurado acordó crear el premio anual «4 de agosto», concediéndose por vez primera al cuento *La bandera imaginaria*, de José María Sánchez Silva, dotado también con 5.000 pesetas.

El premio de Poesía «Juventud 1953» correspondió al poema titulado *La Casa*, de Salvador Jiménez. Se concedió un accésit de 3.000 pesetas al poema *Castilla bajo la lluvia*, de Ramón de Garciasol.

CONCURSO «CAUSAS Y REMEDIOS DEL ANALFABETISMO»

El Jurado calificador del concurso «Causas y Remedios del Analfabetismo», convocado por el Ministerio de Educación Nacional, ha adjudicado los premios en la forma siguiente:

Tres premio de 10.000 pesetas a los originales presentados con los lemas *Y de la sabiduría clara fuente*, del que es autor don Antonio Guzmán Reina; *Hasta que no hayan sido computados, no serán tenidos en cuenta*, cuyos autores son don Santos Gil Carretero y don Fernando Rodríguez Garrido, y *Un pro-*

blema complejo, original de don Alfredo Gerrerolaza Asenjo, licenciado en Derecho, de Madrid.

Dos de 5.000 pesetas a los trabajos *Mens agitat molem*, cuyo autor es don Leoncio Hernández Hernández, y *Alfa hoy para mañana Omega*, de don Adolfo Castañeda Cagigas, don José Antonio de Ory y Domínguez de Alcahud y don Carlos Manuel Porras Pasamontes.

Y dos de 3.000 pesetas cada uno a los que llevan por lema *Un arbitrista más*, cuyo autor resultó ser don Teófilo García Edo, y *Escuela y dispensa*, de don José Maroto Muñoz.

Componían el Jurado don Agustín Serrano de Haro, inspector general de Enseñanza Primaria, que actuaba de presidente; don José Blat Gimeno, don Rodrigo Fernández Carvajal, don Gaspar Gómez de la Serna y don Adolfo Maillo.

PREMIO DE NOVELA «ATENEO DE VALLADOLID»

El Jurado calificador del III Concurso de Novelas «Ateneo de Valladolid», correspondiente a 1953, ha adjudicado el primer premio a la obra *Huyendo del pasado*, de la que es autora la señorita Carmen García Bellver, de Alicante. Le siguieron en orden de votos *La redención del yermo*, de Enrique Franco de Juan, de Gijón; *Brisa del cerro*, de don Francisco Candel, de Barcelona, y *La senda incierta*, de la señorita María Teresa Sánchez, de Valladolid.

PREMIOS «CIUDAD DE BARCELONA»

Los siete Jurados calificadores de estos premios, instituidos por el Ayuntamiento de Barcelona para festejar el aniversario de la liberación de la ciudad, los otorgaron el pasado mes de enero en la siguiente forma:

Novela, a Tomás Salvador, por su obra *Cuerda de presos*; teatro, obra en catalán, a Antonio Tarret Cartell, autor de *Café del teatro*; poesía castellana, a Jaime Ferrán, por *Poema del viajero*; poesía catalana, a Juan Perucho Gutiérrez, por *El medium*; música, se presentaron dos partituras, y el premio quedó desierto. En música se han discernido dos premios extraordinarios, uno para obra de orquesta de cuerda a Luis Barragán, por *Doneu-me solitud, doneu-me natura*, y otro, de orquesta de Cámara, a Fernando Ardevol Miralles, por *Arte devotísimo*. «Cine», a la película *Hay un camino a la derecha*, de Francisco Rovira; fotografía, colección de Manuel Sendra López, tema «Barcino», y un extraordinario al tema «Mary», de José María Grau. El premio «Verdaguer» al tema «Canigó» fué declarado desierto, y al «Atlántida» no se presentó ninguna obra.

Tomás Salvador, premio de novela, es de Palencia, tiene treinta y seis años y pertenece al Cuerpo de Policía.

DIVERSOS PREMIOS LITERARIOS EN EL EXTRANJERO

El premio «Goncourt» del pasado año 1953 recayó en el periodista y escritor Pierre Gaspar, al que se han premiado dos obras: *Les bêtes* y *Les temps des morts*.

* * *

El otro gran premio literario francés, el «Renaudot», se le ha otorgado a Celia Bertin por su novela *La dernière innocence*. Ambas obras son de una filosofía amarga y un crudo realismo, fruto del proceso anímico de la Europa de la postguerra.



CONCURSO MENSUAL

CONCURSO DEL MES DE ABRIL

Alumnas:

- 1.ª ¿Qué fiesta se conmemora el Domingo de Ramos?
- 2.ª ¿Cuánto suman 0,35 y 0,05?
- 3.ª ¿A qué región de España pertenece Madrid?
- 4.ª ¿Cuál es la última palabra que se dice en las oraciones y qué significa?
- 5.ª ¿Sabes lo que es un Albergue de Flechas?
- 6.ª ¿Cómo se juega a la comba?

Lectoras:

- 1.ª ¿Se puede definir la circunferencia

como un polígono de infinito número de lados?

2.ª ¿Qué tiempo litúrgico empieza el Miércoles de Ceniza y cuándo termina?

3.ª ¿En dónde está situado el territorio de Ifni?

4.ª ¿En qué capital de España celebró la Sección Femenina de Falange su Consejo Nacional este año, y en qué fecha?

5.ª ¿En dónde hay más presión atmosférica, en la orilla del mar o en el interior?

7.ª ¿En qué fecha dejó de ser Gibraltar español?

8.ª Cuando el *Génesis* habla de los días

en que Dios creó al mundo, ¿se refiere a días de veinticuatro horas?

9.ª ¿En qué ángulo del cuadro está la Virgen en «La Anunciación», del Greco?

CONTESTACIONES AL CONCURSO DEL MES DE ENERO

Alumnas:

- 1.ª La Segunda Persona, el Hijo.
- 2.ª En el Mar Mediterráneo.
- 3.ª Es más tarde a las dos y cuarto.
- 4.ª A la línea que une dos puntos de la circunferencia.
- 5.ª No; está fijo; la Tierra se mueve alrededor de él.

Lectoras:

- 1.ª Don Eduardo Cantó.
- 2.ª A los adeptos de Calvino.
- 3.ª Luis Mejía.

4.ª El undécimo.

5.ª Aleación de estaño y plomo.

6.ª No.

7.ª Hay nueve personajes.

8.ª Mamífero del tamaño de un conejo, la boca parecida al pico de un pato, pies palmeados y el cuerpo y la cola cubierto de pelo.

9.ª Punto 5.º de la doctrina falangista: «España volverá a buscar su gloria y su riqueza por las rutas del mar. España ha de aspirar a ser una gran potencia marítima, para el peligro y para el comercio.

»Exigimos para la Patria igual jerarquía en las flotas y en los rumbos del aire.»

PREMIOS CONCEDIDOS A LAS CONTESTACIONES DEL MES DE DICIEMBRE

Lectoras:

María de los Milagros Fernández. Castellón de la Plana.

Alumnas:

Paca Martín Estévez, Saucelle, Salamanca.—María Josefa Pardo. Escuela de niñas número 1. Andosilla, Navarra.





Las naranjas, oro de ley

POR EL DOCTOR J. SANDOVAL AMORÓS

UN APOSTOLADO SINGULAR

A la gentil invitación con que me honra la directora de *CONSIGNA* para que envíe un artículo a esa simpática revista sobre la naranja como alimento y medicamento, y que hubiera podido soslayar con el ruego de que transcribiesen cualquiera de los capítulos de mi obra «Comed naranjas. La naranja, alimento. La naranja, medicamento», quiero corresponder muy gustosamente con estas líneas a esa fruta deliciosa, a su valor inapreciable en la alimentación del hombre y a su eficacia preventiva y curativa en multitud de procesos morbosos.

Soy un entusiasta partidario de la naranja con la más profunda convicción, avalada por cientos de observaciones recogidas en mi ya larga vida de ejercicio profesional. Es, sin duda alguna, una fuente de salud esta fruta excepcional que la Providencia ha puesto aquí en España al alcance de nuestras manos, para que la podamos consumir fresca casi durante diez meses en el año, pudiendo gustar esos jugos vitalizados que son tan necesarios para el desarrollo y crecimiento de

los niños, porque encierran cantidades extraordinarias de las vitaminas antiescorbúticas (Vitamina C), y una tasa importante de las vitaminas A y B₁, y poder saborear su pulpa jugosa y embalsamada con atrayentes aromas, que va almacenando las energías solares, día tras día, en el período silencioso de madurez y de sazón, para que los niños y los adultos, los sanos y los enfermos, al comerlas en plácida y tranquila delectación, vayan transmutando aquellas energías en salud y en vida.

Y tenemos en la naranja un alimento necesario, sin ninguna contraindicación, cuando consumimos cualquiera de esas variedades selectas que nuestros labradores levantinos han sabido obtener con sus desvelos y cuidados.

Y aun en aquellos casos, muy pocos, por fortuna, en que las naranjas enteras no pudieran tolerarse, contamos con el inapreciable recurso de su jugo, que tomado al natural, o con agua azucarada, o en diversos refrescos y «batidos», constituye un remedio sencillo y agradable para «vitaminizar» el organismo.

Y desde los niños en los primeros meses de su existencia, hasta los viejos encorvados por el peso de los años, como igualmente los hombres tarados con la espina de cualquier dolencia, todos deben ser consumidores de esta fruta excelente, la mejor entre las mejores, que mereció que las tradiciones seculares del pueblo indio escribieran en el libro del tiempo el más expresivo elogio de la naranja al decir que «el Angel custodio de la salud plantó un naranjo».

Es posible que la naranja, al ser consumida con exceso o al comer clases excesivamente ácidas, puede producir algunos desarreglos intestinales sin importancia, fácilmente corregibles con una cuidadosa selección, o tomándolas en moderada cantidad o con un prudente *entreamiento* en los sujetos más sensibles.

No puedo extenderme en consideraciones sobre este particular para no dar a este artículo demasiada extensión. Sólo diré que aquel famoso adagio, tantas veces repetido, de que «la naranja por la mañana es oro, al mediodía plata y por la noche mata», hay que sustituirlo por este otro de que «la naranja selecta consumida con moderación (y en algunos casos su riquísimo jugo) es *siempre oro, y oro de ley*».

Si para el hombre sano es la naranja un alimento necesario, no lo es menos para el hombre enfermo. No hay más que pasar la vista por el índice de mi obra para que el lector se quede convencido de las altas virtudes terapéuticas de esta fruta en muchos procesos morbosos. En algunas enfermedades de los niños, en muchas enfermedades infecciosas, en trastornos del aparato digestivo y de la nutrición, en la vejez prematura, etc.; y aun como

remedio sencillo para conservar y acrecentar la belleza femenina, patrimonio que toda mujer debe cuidar —Dios lo ha dispuesto así— por ser singular motivo de atracción de los seres humanos, con el obligado colofón de una más agradable y duradera convivencia.

Sobre todas estas cualidades meritísimas de la naranja, queremos hacer hincapié en dos hechos que ponen de manifiesto que esta fruta deliciosa es un manantial inapreciable de salud, ya que su consumo en los pueblos se traduce en un descenso notable en la morbilidad.

Las estadísticas sanitarias españolas de los años 1915 y 1916, en que por dificultades en la exportación, debido a la primera gran guerra europea, hubo de acrecentarse el consumo de naranjas en el interior de la Península, y en que la gran baja de precios las puso al alcance de todas las fortunas, acusan una mejoría manifiesta del estado sanitario de todos los pueblos españoles, con un destacado descenso en la cifra de mortalidad.

Otro hecho más reciente. El estado sanitario se pudo sostener en las prisiones rojas del Levante español, así como entre la población civil de la misma zona, en condiciones insospechadas, sólo explicables por el consumo extraordinario que se hacía de las naranjas en la alimentación.

Estas comprobadas observaciones serían por sí solas, suficientes para elevar a esta fruta, tan excelente en otros aspectos, a la categoría de *alimento obligatorio* en todas las mesas españolas. Pero ello no podría conseguirse con Ordenes ni Decretos del Gobierno, sino llevando a todos los hogares ese convencimiento, procurando que esas indiscutibles verdades rompan el hielo de la indiferencia de muchos hombres y mujeres de todos los

estamentos sociales que no creen todavía en el valor nutritivo de las frutas, y muy particularmente de la naranja, objeto de este artículo.

Y en este aspecto social y humanitario del problema es en donde la Sección Femenina de Falange puede realizar una ingente labor de apostolado, un apostolado singular, el apostolado por la salud —que ya practica en otras facetas— en los más oscuros y olvidados rincones de España—, llevando el consejo y la orientación para ir arrancando prejuicios enquistados en la mente de muchos, sembrando la sana doctrina de una racional manera de alimentarse, sobre todo entre las mujeres, que serán faro y luz en el recinto de sus familias consiguiendo con ello el mejoramiento de España.

Como igualmente podéis hacer una eficaz labor de propaganda —con otros medios de actuación— entre esas clases sociales mejor dotadas económica e intelectualmente, que se empeñan en seguir por torcidos senderos alimentarios, dando pábulo a las causas de enfermedad con sus insensatos modos de proceder.

Me dispensaréis, amables lectoras, que os hable con franqueza, tal vez con ruda franqueza, al confesaros, en esta ocasión tan oportuna, el malísimo efecto que me produce cuando voy a ese Madrid tan simpático, tan atrayente, tan español, y veo en las *barras* de las cafeterías y de los bares a muchas jóvenes distinguidas y bellas, consumiendo las más endiabladas «combinaciones», mientras juegan con las violáceas nubecillas del humo que se desprende del cigarrillo que aprisionan entre sus finísimos dedos (¿por elegancia?, ¿por snobismo?), sin pensar que van minando su delicado organismo y van robando la salud a sus futuros hijos, si por

fortuna no son de esas chicas que aborrecen, ¡desgraciadas!, la más excelsa, noble y elevada función de la mujer: la maternidad.

Cuán fácil sería para vosotras en estas ocasiones hacer una eficaz propaganda con el ejemplo, cuando en esos sitios de esparcimiento, a la hora de la consumición, os contentéis con pedir, en lugar de un *cocktail* o una «combinación», una riquísima naranjada o el jugo natural de esa fruta, con lo que, a la vez que recreáis vuestros sentidos, lleváis a vuestro organismo incontables átomos de salud y de vida.

Y completaréis este singular apostolado laborando además cerca de todos los sectores interesados, hasta conseguir que se borre de las estadísticas el bochorno de unas cifras que nos ponen de relieve, con la fría literatura de los números, que muchos españoles apenas si prueban las naranjas, y que una gran mayoría las comen en cantidades irrisorias, con el consiguiente perjuicio para la salud.

No entramos en los motivos de esta triste realidad española —transportes, necesidad de divisas, etc.—, pero no queremos dejar de señalar que, mientras exportamos estas frutas a lejanas tierras, enviamos con ellas raudales de sangre española, y es una obra casi de justicia social que nos aprovechemos los españoles, sobre todo las modestas clases productoras, de estos riquísimos dones que a la Providencia plugo el otorgarnos.

Dr. J. Sandoval Amorós.

Murcia y febrero 1954.

Después del artículo del doctor Sandoval Amorós os vamos a dar unas cuantas recetas de cocina, en las cuales entran co-

mo elemento principal las naranjas. Con estas recetas, típicamente españolas, os podéis dar una idea de cuán ampliamente se puede usar la naranja en la cocina.

DULCE DE NARANJA

Seis naranjas.

Su peso en azúcar.

Modo de hacerlo

Se ralla un poco toda la parte amarilla de las naranjas y se parten por la mitad, y éstas en tiras finas.

Se quitan todas las pepitas y se colocan en una cacerola, cubriéndolas de agua fría y una cucharada de sal gorda.

Se dejan hervir media hora, se retiran, se escurren y se vuelven a poner en otro recipiente cubiertas de agua fría. Se tienen así durante tres días, cambiando el agua cada veinticuatro horas. Al cuarto día se escurren y se pesan, poniendo la misma cantidad de azúcar. Se pone a hervir suavemente el conjunto durante hora y media, se retira del fuego y se deja enfriar.

RENOFÓN

PLATO TÍPICAMENTE ANDALUZ

Seis naranjas.

Seis cebolletas.

Tres huevos cocidos.

100 gramos de aceite.

500 gramos bacalao.

100 gramos de aceitunas.

Un poco de vinagre.

Modo de hacerlo

Se asa el bacalao en la placa, dejándolo tostadito, se echa en agua un rato para desalarlo y se hacen tiras.

Se mondan las naranjas y se cortan en rodajas, se mezclan con las tiras de bacalao, las aceitunas deshuesadas y la cebolleta picada; se aliña con el aceite un poco de vinagre y se revuelve bien, se cubre con los huevos duros picados y se sirve.

NARANJAS EN SORPRESA

Seis naranjas .

Cuarto litro de leche.

Dos huevos.

100 gramos de azúcar.

Dos hojas de cola de pescado.

25 gramos de azúcar glas.

15 gramos de maizena.

Modo de hacerlo

Se escogen naranjas grandes de cáscara gruesa, se corta con un cuchillo fino una circunferencia por la parte del tallo, se vacían con cuidado y se ponen en un sitio fresco.

En un cazo se ponen las yemas, azúcar y la maizena; se mezcla todo y se adiciona la leche hirviendo poco a poco, se acerca al fuego, se remueve con la espátula hasta obtener una crema espesa, sin que hierva, se retira del fuego, se agrega la cola de pescado previamente remojada en agua fría y cinco cucharadas de zumo de naranja.

Se rodea esta crema de agua fría, y cuando empieza a cuajar se llenan las naranjas y se dejan cuajar del todo.

Se batén las claras con unas gotas de limón, y cuando están muy consistentes se agrega poco a poco 50 gramos de azúcar glas.

Cuando la crema de la naranja está cuajada, se pone el merengue en una manga con boquilla rizada y se decora la superficie.

Al volver a casa...

Conceptos torcidos

o degenerados

POR CARMEN WERNER

Decir *persona de honor* significa el máximo elogio que podemos conceder a un semejante. En este calificativo encerramos un cumplido elogio, que se refiere al sentido del deber, de la probidad, de la integridad. A la delicadeza de conciencia en cuestiones de moral económica, en cuestiones de moral profesional y en cuestiones de moral privada, de vida virtuosa y honesta.

El honor es patrimonio del alma, etc. Es consecuencia del cumplimiento estricto de los deberes del cristiano. Un católico practicante de buena conducta no tiene más remedio que resultar una persona de honor. Y si no resulta persona de honor, es que no es católico de buena conducta, y, seguramente poco practicante o practicante de manga ancha, como vulgarmente se dice.

Hablábamos el otro día en la Delegación Nacional de la Sección Femenina so-

bre una revisión de los textos (para bachillerato) de Formación Familiar y Social, de los cuales soy autora, y de la necesidad de añadir en esos textos, que contienen normas de buena educación, una serie de advertencias relacionadas con la virtud de la honradez, actualmente como en período de decadencia. Como si necesitase una revisión la interpretación de dicho concepto. A causa de la trampa, el abuso, el enchufe, el fraude, todo ello en boga actualmente.

Si alguien puede ir trabajando en la conquista de estas cosas es una persona con vocación de Magisterio, y fundamentalmente con vocación de pedagoga. Pues si bien cualquier ser humano está en condiciones de reformarse, tanto en la juventud como en la madurez, las mayores conquistas pueden lograrse en una niñez y adolescencia que aún no está torcida. Por tanto, si se instala bien en el alma de los

niños una interpretación correcta del concepto de la virtud de la honradez —con todas las derivaciones y matices, tendremos mucho conseguido para la futura convivencia social de los españoles.

La sisa, la trampa en el peso, «el gato por liebre»..., en muchos planos sociales modestos, tienen minada la moral...

El fraude al fisco, entre particulares y empresarios, es otro vicio actual.

La recomendación, el soborno, el enchufe en las altas y bajas esferas corrompen la moral; habremos ganado en dignidad cuando poco a poco hayan desaparecido estas irregularidades.

Nuestra propia estimación nos exige la revisión de un concepto que se idealizó en nuestra gran época. Pero tal vez entonces tampoco se encerró en sus justos límites.

Estudiemos con un sentido práctico y actual los vicios y la degeneración de una virtud tan cristiana, y, por tanto, tan caritativa y favorable a la justa convivencia.

Es tarea difícil en la que cada cual desde su puesto con el ejemplo y la palabra ha de contribuir, buscando los caminos más pedagógicos y sencillos para su divulgación.

Hay que poner en carne viva la conciencia colectiva desmenuzando los vicios, que pareciendo pequeños pecadillos, y a veces ni siquiera eso, son verdaderas estafas al derecho de nuestro prójimo.

A veces se oye decir a un profesional joven: ¡Bah! (me ha dicho a mí misma una amiga joven), ya me buscarás tú un enchufe para que no tenga que salir de la capital. Y como me indignase yo, y la

sermonease, me replicó la muchacha: «Bueno, pues ya me lo trabajaré con mi padre.» Entonces, ¿qué moral profesional es ésta? ¿Cuál el sentido de la obligación que contraemos de nuestro deber profesional?

Este es un pequeño ejemplo, pero que hoy gran parte de la gente ha perdido el sentido de una conciencia recta y clara que la permita ver bien en este gran problema.

¿Y el tendero que sisa en el peso? ¿Y el carnicero, que vende una res con triquiña, o que va subiendo contra todos los preceptos el precio de su mercancía? ¿Y qué hay del simple peón, que (porque una ley benéfica le ampara y no puede ser despedido) rinde, según las estadísticas, sensiblemente menos de lo que rendía antes del 36? O sea, que amparado en la imposibilidad de despedir en que se encuentra el empresario, su obrero le sisa un buen tanto por ciento de su posible rendimiento.

Esta falta de moral profesional es el secreto de tanto funcionario del Estado que se duerme, una vez que ha ganado la difícil oposición. Con lo que trabajó aquella vez ya tiene para toda la vida. Con llegar lo más tarde a la oficina y salir lo más pronto... ¡Que languidezcan expedientes! Y que la máquina del Estado sea de movimiento retardado. ¡Ay! *Conquistas interiores*, a que alude Miguel Sánchez Mazas, toda una legislación magnífica, y unos convenios comerciales, y unos descubrimientos científicos colosales en otras latitudes, ¿se estrellarán en este sabotaje de la «obligación»?

La miel bien presentada se venderá mejor

POR MARÍA ESTREMER DE CABEZAS

L

A explotación de colmenas entre nosotros ha experimentado durante el presente siglo un enorme progreso, si bien no ha alcanzado aún el grado de perfección y difusión que le corresponde dadas las condiciones de nuestro clima y suelo. Incluso los que continúan apegados al antiguo sistema fijista, sin decidirse a trasegar a colmenas de cuadros ni siquiera tres de sus corchos, número por el cual deben empezar cuantos quieran hacer una prueba y convencerse por sí mismos de la mayor y mejor producción de las nuevas colmenas, digo que incluso estos rutinarios prestan alguna mayor atención a sus abejas y las cuidan con más celo, especialmente en las limpiezas de fondos y en mantener en él colmenas una cierta higiene para evitar algo las enfermedades.

En oposición a los progresos alcanzados en la producción de miel se da la enorme paradoja de que teniendo un colmenar para obtener de él un beneficio económico al vender la miel, se descuida de modo lamentable todo lo relativo a la buena presentación de ella en el mercado. Deficiencia lamentabilísima y compartida, para mayor daño, por productores y por vendedores, en gran número de casos aún más por estos últimos, que no saben responder con acierto y verdad a las pregun-

tas u observaciones hechas por los clientes, a los cuales va destinado el producto y a los que es preciso animar y convencer de sus ventajas y estado de pureza absoluta, única forma en que debe venderse la miel para el consumo particular.

Los consumidores ignoran, en su gran mayoría, los cambios de aspecto que, naturalmente, sufre la miel pura tan sólo por el transcurso de unos pocos meses, en ocasiones bastan semanas, y por los cambios de temperatura.

La miel, líquida y transparente, al ser extraída de la colmena, tiene coloración muy varia y perfume muy distinto, según sean la flores de donde la han libado las abejas. No hay siquiera una coloración definida y permanente para la localidad donde esté instalado el colmenar, ni aún para cada región, pues en todas partes, por muy dominante que sea una floración determinada, hay año u ocasiones en que, por alteraciones meteorológicas, aquella flora sufre una disminución en su producción de néctar o aún queda anulada por completo. Por tales causas la coloración de la miel de todos los colmenares no se mantiene invariable año tras año. Esto lo saben muy bien los colmeneros, y dicen con la más sencilla naturalidad: "Este año tengo una miel más amarilla o más blanca". Pero ya los vendedores no lo encuen-

tran tan normal y en mayor grado extraña a los consumidores, siempre inclinados a suponer una adulteración.

Mayor importancia tiene la granulación o trueque a estado sólido y a coloración casi blanca, cambio alotrópico que normalmente experimenta la miel, como queda dicho, y no supone la menor pérdida de sus condiciones nutritivas. Por el contrario, la miel granulada tiene mayor cantidad de azúcares invertidos y, en realidad, se consume con mayor facilidad y se maneja en la mesa sin temor a gotear el mantel.

Pero a nuestro público no le gusta así, salvo ligeras excepciones, y no pocas personas suponen ha sido adulterada con adición de harina. Hay un procedimiento casero sencillísimo para comprobar si la miel tiene o no algún producto extraño de adulteración: disolver en medio vaso de agua pura y tibia un par de cucharadas de miel hasta su completa licuación, y observando si tal disolución se va haciendo progresivamente sin cambios de coloración. Dejad reposar media hora el líquido y examinar el fondo del vaso. Si la miel tenía alguna adición de harina, siendo ésta insoluble, se formará en el fondo un depósito de ella, indicador claro de la falsificación y su cuantía. También debe comprobarse si la coloración de toda el agua mielada es idéntica, pues si ofreciera tonalidad distinta en una capa superior, más o menos ancha, indicaría adulteración por adición de sacarosa, si bien la miel así adulterada no granula o al granular queda sobre ella líquida el agua y la sacarosa adicionada. Actualmente, y por los precios de mieles y sacarosa, no hay que temer tal adulteración, pues quien la hiciera perdería dinero y el trabajo.

Sin haber sufrido adulteración algunas

mieles, incluso las presentadas por el productor en buenos frascos de cristal y con bonitas etiquetas, pasado algún tiempo de su adquisición, se encuentra una gran parte del contenido del frasco solidificado y más claro y sobre ella una porción líquida amarillina rojiza. Insisto en que este fenómeno no se debe a falsificación, pero también creo que tanto el comercio como los consumidores deben reclamar al productor por ser indicio cierto de haber extraído y envasado la miel antes de su completa maduración en la colmena.

El apicultor, que prepara su cosecha para la venta en frascos de cristal, puede, con escasísimo trabajo adicional y sin gasto, conseguir retrasar algunos meses la granulación. Ante todo, ha de realizar el envasado muy poco tiempo después de la extracción y poniendo cuidado de que al caer la miel en los frascos no lleve interpuesto aire, lo que ocurre a cuantos tienen la perjudicial costumbre de filtrar con telas metálicas la miel poco antes o a veces en el momento mismo de ir llenando los frascos.

El filtrado, necesario e imprescindible si se quiere ofrecer un producto claro y transparente, sin pequeños corpúsculos de cera que lo afean y deprecian, ha de hacerse a través de telas de algodón y aun preferible hilo en el mismo momento de la extracción. El mejor medio es tener en la boca del tanque donde se va echando la miel de los recipientes que la recogen ante el grifo del extractor, un cono de tela blanca fuerte y bien lavada para que no lleve resto alguno de apresto o polvo. Este cono conviene sea lo más largo posible hasta llegar a pocos centímetros del fondo del recipiente. La miel recogida del extractor se vierte dentro de él y todos los muchos residuos de cera u otras impurezas quedan eliminados sin arrastrar aire,

como ocurre cuando pasa a través de tela metálica formando chorritos. Téngase en cuenta, para comprender bien lo que vengo afirmando, que el mencionado cono de tela está colocado en el tanque de almacenamiento, y a medida que éste se va llenando, el filtro tiene miel por ambos lados y no hay masa de aire a través de la cual gotee al ir lentamente filtrándose.

Las pequeñísimas burbujas de aire interpermean en la masa de la miel son una de las causas de su pronta granulación y, además, al ir ascendiendo con gran lentitud, acaban por formar una espumilla en

la superficie del más desagradable efecto para el consumidor. El modo más eficaz de evitar su presencia es envasar con el auxilio de uno de los aparatos que existen productores de vacío, pero son demasiado caros para apicultores modestos y con el medio indicado del filtro de tela se logra casi el mismo resultado.

Una vez llenos los frascos y cerrados bien, como necesitan ir para el transporte, antes de fijarle las etiquetas o marcas, se exponen al sol durante un día o dos, y con tan sencilla operación se conserva más tiempo la miel líquida y transparente.



Calendario del apicultor

MES DE ABRIL

Mes de trabajo y, sobre todo, de atención a las colmenas para ir colocando en ellas las alzas que puedan necesitar, si se trata de regiones templadas, en las cuales se da una abundante floración, incluso productora de cosecha.

En zonas altas y más frías es también en este mes cuando deben llegar todas las poblaciones a un buen desarrollo de cría, en nutrir, la cual consumen mucho alimento, y si las lluvias mil del refrán son demasiado continuas e impiden durante varios días la labor de pecorea, pueden llegar las colmenas a un estado de hambre, no muy lejano de la muerte, pero siempre retardatorio de su buen incremento, necesario para poder tener cosecha en la gran floración.

Atención a estos contratiempos para re-

mediarlos, repartiendo sin tacañería jarabe de azúcar, de no tener miel propia. Un signo de escasez muy aguda es que saquen algunas larvas pequeñitas a las tablillas reposadero.

Salen enjambres, por regla general muy nutridos, en localidades de floración temprana. Vigilancia para verlos y captarlos, si se es tan rutinario que no se practica ninguno de los varios métodos para controlar los enjambres. Una práctica muy útil es situar ya en este mes colmenas vacías, pero perfectamente limpias y con marcos sin cera y abertura pequeña de piquera. Son los llamados "vasos de fortuna", donde con mucha frecuencia se encuentra instalado un enjambre espontáneo, acaso salido del mismo colmenar, pero también en no pocos casos volandero desde otra colmena distante y desconocida.

CIENCIAS NATURALES

Autotrofismo y heterotrofismo

Por EMILIO ANADÓN



OS estudios modernos realizados sobre la nutrición de plantas y animales, sobre todo de los grupos inferiores de ambos reinos, han venido a demostrar que la clásica división de los seres en Autótrofos y Heterótrofos era demasiado simple. Se entendía por seres autótrofos aquéllos capaces de vivir y crecer sólo tomando sustancias inorgánicas, y Heterótrofos a los que necesitaban sustancias orgánicas para su crecimiento.

Pues bien, se ha demostrado en unos cuantos seres inferiores, que son enteramente comparables en líneas generales sus procedimientos de sintetizar las sustancias orgánicas, a pesar de que los procedimientos de obtención de la energía necesaria para este objeto requieren en unos sustancias inorgánicas, y en otros, orgánicas. También se ha comprobado que la necesidad de utilizar sustancias orgánicas determinados organismos, tiene finalidades distintas. Unos las requieren únicamente para que les suministren hidrógeno, otros para la obtención de la energía ne-

cesaria para su metabolismo o como sustancias necesarias para formar su propia materia viva. Naturalmente, pueden serles necesarias no para un fin único, sino para varios.

Por ello, en la actualidad se han propuesto nuevas clasificaciones de los seres en cuanto a su procedimiento de nutrición más de acuerdo con la esencia de los fenómenos que en ellos ocurren. Quizá una de las más logradas y simples sea la que utilizan Iwoff y Fogg, que damos seguidamente.

Clasifican a los seres atendiendo primero a las fuentes de la energía primaria que utilizan, de esta manera:

A) Fototróficos. La energía primaria proviene de reacciones fotoquímicas. A su vez este grupo puede dividirse en:

1. Fotolitotróficos, que requieren además para su vida sustancias inorgánicas (agua casi siempre, ácido sulfhídrico, etc., a veces) que les suministren el hidrógeno necesario para las primeras reacciones.

2. Fotoorganotróficos, que en lugar de sus-

tancias inorgánicas utilizan como fuentes de hidrógeno sustancias orgánicas, por ejemplo, ácidos grasos.

B) Quimiotróficos. La energía proviene íntegramente de reacciones químicas independientes de la energía luminosa. Se pueden dividir en:

1. Quimiolitotróficos. Su fuente primaria de energía consiste en la oxidación de sustancias minerales.

2. Quimioorganotróficos. La energía primaria proviene de la oxidación o fermentación de sustancias orgánicas exógenas, es decir, tomadas de las formadas por otros seres.

Son, por ejemplo, fotolitotróficas la mayor parte de las plantas verdes, y algunas bacterias de las aguas que contienen ácido sulfhídrico.

Fotoorganotróficas son también algunas bacterias, las *Atiorodáceas*.

Quimiolitotróficas son algunas bacterias importantísimas para la fertilidad de las tierras, como los *Nitrosomonas*.

Y finalmente, Quimioorganotróficos son los animales, los hongos y muchas bacterias.

También los clasifican por su capacidad para sintetizar las sustancias orgánicas propias, a las que se da el nombre de metabolitos por ser la base de los cambios metabólicos. Por este concepto se pueden dividir los seres en:

A) Autótrofos. Todos los metabolitos esenciales son sintetizados o pueden ser sintetizados.

B) Heterótrofos. No todos los esenciales pueden ser sintetizados.

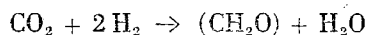
Hagamos notar que este concepto nuevo de auto y heterotrofismo es independiente de que para su vida les sea necesario o no el suministro de materia orgánica, por lo que es

posible la existencia de seres Quimioorgano-autótrofos.

Como ejemplo de la independencia de estos dos tipos de clasificación podemos citar un flagelado verde de agua dulce, *Euglena pisciformis*, que realizando la función clorofílica, no es capaz de sintetizar todas las sustancias necesarias para su crecimiento, por lo cual se debe considerar como heterótrofo. Es, por lo tanto, una especie Fotolito-heterótrofa.

El proceso íntimo de la formación de los metabolitos a partir de sustancias inorgánicas, va acompañado siempre de una reducción de éstas, en este caso, de una incorporación a ellas de hidrógeno y una pérdida de oxígeno. En algún caso esta pérdida de oxígeno se efectúa combinándose éste con más cantidad de hidrógeno, para formar agua, lo que demuestra que uno de los problemas más importantes para la célula es disponer de sustancias que se lo suministren. A tales sustancias se las denomina "dadores de hidrógeno", y a las que lo reciben, "aceptores".

Todas las plantas superiores y gran parte de las inferiores con clorofila, el dador de hidrógeno es el agua. Pero en muchas algas en determinadas condiciones, por ejemplo, en ausencia de aire, pueden adaptarse a utilizar como dador de hidrógeno a este mismo gas sin combinar. La reacción total es de este tipo:



en la que el primer término resultante no significa más que carbono, oxígeno e hidrógeno entran en el compuesto final en la proporción indicada, pero en ningún caso que el primer compuesto sea el formol, como más adelante veremos.

En algunas algas azules, diatomeas y bac-

terias, el dador de hidrógeno es el ácido sulfhídrico, sustancia que paradójicamente impide la fotosíntesis en las plantas superiores, si bien algunas pueden utilizar también hidrógeno elemental con ventaja.

Finalmente, algunas bacterias pueden utilizar como dador de hidrógeno ácidos grasos, y algunas algas utilizan glucosa principalmente, es decir, son fotoorganotróficas.

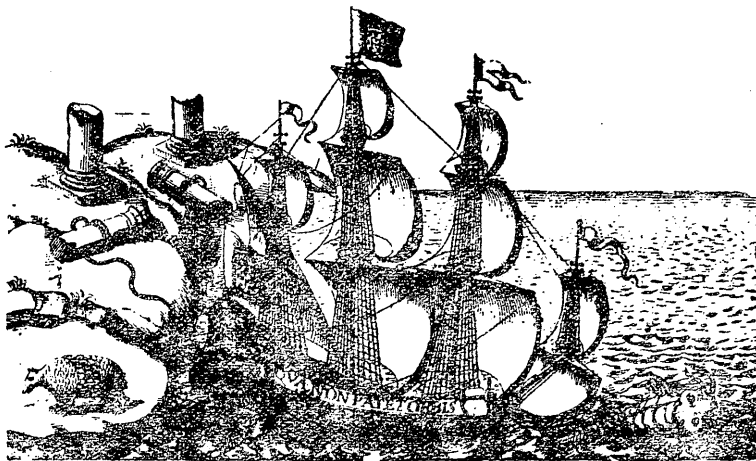
La energía necesaria para reducir las sustancias inorgánicas, principalmente el anhídrido carbónico, puede proceder, como hemos visto, de varias fuentes.

Pero lo que todavía está en discusión es qué cantidad de energía es necesaria para reducir una molécula de anhídrido carbónico. Las medidas efectuadas por muchos investigadores no concuerdan. Sabido es que la cantidad de energía no puede reducirse indefinidamente, sino que hay una cantidad mínima posible que se denomina "cuanto", cantidad y descubrimiento que ha revolucionado toda la Física moderna. Pues bien, Warburg dice que cada molécula de carbónico necesita para reducirse y pasar a materia orgánica cuatro "cuantos" de energía, mientras que las escuelas americanas suponen que son necesarias de ocho a doce. Todavía no se han puesto de acuerdo, pues el primer investiga-

dor, seguramente el que más impulso ha dado en el mundo a los estudios sobre metabolismo celular, se ratifica en la primera cifra. Para dar una idea de la magnitud de un "cuanto", diremos que es la energía de la mínima cantidad de luz que puede impresionar la vista.

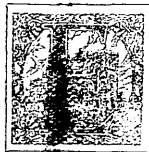
Respecto a las sustancias que se producen durante la asimilación clorofílica o quimiosintética, los procedimientos de su estudio han progresado mucho. Se utilizan en la actualidad la llamada cromatografía sobre papel y el anhídrido carbónico y oxígeno "marcados" para este estudio. El primer procedimiento consiste en poner una pequeña cantidad de jugo de planta en un extremo de un papel de filtro, que se humedece por aquel extremo con diversos disolventes. Las sustancias del jugo celular son arrastradas por ellos y se detienen más o menos lejos de la mancha primitiva según su naturaleza, con lo que quedan separados y se pueden estudiar fácilmente. Si se ha suministrado a la planta anhídrido carbónico, con los átomos de carbono radiactivos unos instantes antes, podremos ver que muchos presentan radioactividad, con lo que sabremos cuáles han sido las primeras sustancias formadas a partir del anhídrido carbónico.





«Gibraltar, ofensa y esperanza»

POR JOSÉ MARÍA SANZ BRIONES



ESTE invierno terrible de un año de esperanza, con la cosecha en sazón, el frío y la nieve en las eras de la terrible estepa castellana», que dijo Machado, marca una fecha crucial en la dolorosa, ardiente y patriótica batalla por rescatar esa otra cosecha, espiritualmente ubérrima, por resolver definitivamente ese viejo problema, auténtico e insoslayable, de Gibraltar, que «sólo el egoísmo británico y su apego a la vieja mentalidad imperial» —son palabras del Caudillo— han retardado infructuosamente tanto tiempo.

La prensa española ha argumentado briosamente, disparando al claro sol de España patrióticas andanadas tras los apasionantes titulares... «La infame hipoteca»... «Siempre Gibraltar»... «Gibraltar irredento»... «Gibraltar español»... Folletos y libros sobre el Pe-

nón acusan noblemente desde los escaparates de las librerías.

La más alta Jerarquía de la Nación ha recordado «las promesas de devolución que en la guerra se nos hicieron», y ha dicho nobles y decisivas palabras refiriéndose a la injusta situación de la población de La Línea de la Concepción, «porque todavía creamos en la fuerza de nuestra razón y en la posibilidad de que llegue a servirse el interés común de las dos naciones, no hemos atacado al mal en su propia raíz».

La batalla continúa por la Vieja Calpe, combate de la razón y del Derecho, con las armas del patriotismo y del corazón, está al rojo vivo. Ha llegado el momento en que «el objetivo más apremiante de Carlos III, «la espina clavada en el corazón», de Sagasta, y

la «ofensa permanente», de Ganivet, dejó de ser para España una infame hipoteca. Este invierno terrible de un año de esperanza tiene ya solera gibraltareña.

Creédnoslo, porque os hablamos con el corazón. Una rabia brutal, un escalofrío, una emoción extraordinaria invadió nuestro espíritu, cuando en misión de paz en el Yébalá arisco arribamos a Algeciras en los tormentosos días de la segunda guerra mundial. Un poco difuminada por la espesa bruma, divisábamos desde la terraza de un barroquísimo café del puerto la cresta rocosa y rígida de Gibraltar, la amplia bahía y los barcos de guerra ingleses —señores del Estrecho— en aquella belicosa hora. También, para mayor oprobio, el símbolo de la soberanía de su Majestad Británica.

Pensamos entonces con tremenda nostalgia que el dolo y el dolor no prescriben nunca. La Álube de los Fenicios, la Calpe de los Griegos, la Gebel al Tarik de los Arabes, una de las dos columnas de Hércules de nuestra Soberanía del Estrecho, la tierra españolísima de La Línea, está mutilada por una frontera artificial, creada por un acto de piratería del almirante inglés sir Jorge Rooke, engaño alvoso del que fué víctima don Diego de Salinas, sargento general de batalla —general de Artillería—, que con cien hombres y doce cañones defendía la plaza en nombre de Felipe de Anjou, coronado Felipe V. Triste pleito de familia —dichosa guerra de sucesión— que España pagó con creces, y, cuyo precio hubiera sido mayor si las fuerzas del príncipe Hesse-Darmstadt, a sueldo del pretendiente Carlos de Austria, hubieran logrado otros «gibraltares», como pretendieron.

Desde entonces, cuánto agravio, cuánta manobra, cuánta afrenta. Desde prohibimos for-

tificar las cotas circundantes y hacerlos destruir los edificios, hasta levantar pabellones en tierra española sin permiso alguno, todas las vejaciones imaginables han tenido lugar en nuestras relaciones con Albión.

¿Verdad, españoles, que cada día nos hiere más la espina de soportar la bandera británica en ese pedazo de España? Es la misma tierra, el mismo paisaje, las mismas gentes, la misma ¡patria! Pero una frontera cruel mutila allí mismo la unidad sagrada de la geografía hispana. Nosotros, españoles, no podemos cruzar esa afrentosa línea para pasar a una tierra propia, que espera con dolor y con ansia irresistible el día glorioso de la liberación, la ausencia definitiva del continuo «Have You... I have... I love».

Los pueblos son grandes cuando son justos y realistas. ¿Por qué Inglaterra, eminentemente realista, aunque no del todo justa, que en boca de lord Palmerston no tiene amigos ni enemigos eternos, hábil y diplomática, en la que sólo juegan sus intereses, no se da cuenta que en aras de su propio interés debe devolver Gibraltar a España? Ya sabe la rubia Albión que una plaza «sin *hinterland*, sin aeródromos, sin agua, de espacio reducido y dominada por un anfiteatro de montañas, vive prisionera del territorio donde se halla enclavada», ha dicho Franco. El mismo general Eisenhower ha hablado en su libro *Cruzada en Europa* del mínimo valor estratégico y táctico de Gibraltar en la segunda guerra mundial.

¿Por qué la Gran Bretaña no abandona definitivamente su vieja táctica de zonas de influencia y nos hace olvidar tanto agravio, desenvolviéndonos el Peñón, precisamente en el reinado de una joven, augusta y popularísima reina, por la sencilla razón de que es nuestro?

El español perdona y olvida, y ese gesto de Inglaterra contribuiría a borrar viejos rencores y a unir a dos pueblos de tan brillante historia, empleando sus fuerzas en la defensa de la libertad y de la paz del mundo. La mejor batalla que han ganado los ingleses ha sido la de marcharse de los sitios que fueron el brillo de su Imperio. No olvidemos nunca que ya dijo Maura en 1916 que para que España forme parte del concierto occidental hace falta que lo haga con plena y auténtica soberanía, mas no mutilada y con un posible enemigo en su misma casa. Inglaterra, al mantenerse en Gibraltar, sabotea la política de Occidente.

¿Será posible que la permanencia de Albión en el Peñón obedezca al deseo de humillar a un pueblo como el nuestro, colonizador, creador de imperios, que siempre ha usado las armas de la honestidad y ha despreciado las del utilitarismo? ¿Será una vieja y resentida rivalidad histórica? Qué poco cristiana, qué poco púdica es esa doctrina del utilitarismo político, que tan fría y crudamente practica la Gran Bretaña. Nosotros sabemos mucho del lema tan bien aprendido por Inglaterra: divide y vencerás. Aquellos separatismos, aquella debilidad, aquella inestabilidad política... ¿No habría que cargarla en el libro de agravios de la vieja Inglaterra? No en balde se proclamó desde Oxford y Downing-Street, que los políticos y profesores afiliados a la

masonería y los «capataces» de Río Tinto eran seres privilegiados.

Estrechemos, pues, el cerco moral a Gibraltar, la última y más anacrónica de las colonias británicas. Los ingleses han de ir pensando en abandonarla. Se pasaron los tiempos en los que los ingleses consideraban «casus belli» el hablar del Peñón o en los que jugaban su carta con la baza de la devolución. A la Gran Bretaña le interesa el pariente pobre para protegerle con la limosna del trabajo o con la tolerancia del contrabando. Hay que crear el antídoto para los «cochinos» españoles construyendo la zona industrial y la ciudad modelo.

Y, así, esperar la emoción imborrable del momento en que nuestra generación, «al paso alegre de la paz», con banderas victoriosas, rodeando el glorioso Pendón de Gibraltar, sacado como preciada reliquia por los moradores de la plaza el día de la usurpación, traspase la oprobiosa frontera entre el clamor unánime del pueblo y del ejército y las salvas emocionantes de la Artillería. Habrá terminado entonces la horrible pesadilla de Gibraltar irredento y se habrá realizado la unión para siempre con la Patria, de este pedazo de tierra desgarrado en mala hora de la unidad hispana.

La Sección Femenina, como siempre, sabrá hacer honor a su fidelidad apasionada a los problemas acuciantes de la España eterna.



GUIA LITURGICA DEL MES

(Las páginas que se citan en esta Guía corresponden al «Misal» de Fray Justo Pérez de Urbel)

ABRIL

Día 1.—*Jueves de Feria*: Todo como el lunes. Misa, pag. 564.

Día 2.—*Primer Viernes*: S. Franciscó de Paula. Doble. Color blanco. Misa *Justus ut palma*, pág. 2.062, menos propio, pág. 1.366. Conmemoración y último Evangelio de la Feria, pág. 569. Gloria. ABSTINENCIA.

Día 3.—*Sábado*: *Sitientes*. Ordenes. Color morado. Misa propia, pág. 574. Prefacio de Cuaresma.

Día 4.—DOMINGO DE PASIÓN: Semidoble. Privilegiado de 1.^a clase. Misa propia, página 580. Conmemoración de S. Isidoro de Sevilla. Prefacio de la Cruz, pág. 1.114. Credo (1).

Día 5.—*Lunes de Pasión*: Simple. Color morado. Misa propia, pág. 586. Prefacio de la Cruz, pág. 1.114.

S. Vicente Ferrer. Doble. Color blanco. Misa *O. justí*, pág. 2.065. Oración propia, página 1.370. Conmemoración y último Evangelio de la Feria.

Día 6.—*Martes de Pasión*: Simple. Color morado. Misa propia, pág. 589. 2.^a Oración por la Iglesia o por el Papa. Prefacio de la Cruz.

Día 7.—*Miércoles de Pasión*: Simple. Color morado. Misa propia, pág. 594. El resto como ayer.

Día 8.—*Jueves de Pasión*: Simple. Color

morado. Misa propia, pág. 598. El resto, como el martes día 6.

Día 9.—VIERNES: LOS DOLORES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN. Doble mayor. Color blanco. Misa propia, pág. 608. Conmemoración y último Evangelio de la Feria, pág. 603. Prefacio de la Virgen. Gloria y Credo. ABSTINENCIA.

Día 10.—*Sábado de Pasión*: Simple. Color morado. Misa propia, pág. 613. El resto como el día 6.

Día 11.—DOMINGO DE RAMOS: Semidoble. Privilegiado de 1.^a clase. Color morado. Misa propia, pág. 633. Prefacio de la Cruz. Credo. En las misas rezadas, último Evangelio de la bendición de las palmas, pág. 624. Bendición de las palmas, pág. 622.

Hoy se lee la Pasión según S. Mateo.

Día 12.—*Lunes Santo*: Simple privilegiado. Ornamentos morados. Misa propia, página 649. Prefacio de la Cruz.

Día 13.—*Martes Santo*: Simple. Ornamentos morados. Misa propia, pág. 653. Prefacio de la Cruz, pág. 1.114. Hoy se lee la Pasión según S. Marcos.

Día 14.—*Miércoles Santo*: Simple. Ornamentos morados. Misa propia, pág. 666. Prefacio de la Cruz. Hoy se lee la Pasión según S. Lucas. Conmemoración de S. Justino, página 1.379.

Día 15.—JUEVES SANTO: Doble de 1.^a clase. Color blanco. Misa propia, pág. 684. Prefacio de la Cruz. Gloria y Credo. *Communicantes* y *Hanc igitur* propios, pág. 688.

(1) Desde hoy hasta el Jueves Santo se omite al empezar la Misa el salmo *Judica me*, y el Gloria Patri en el Introito y en el Lavabo. Hasta el Sábado *in albis*, la 2.^a Oración es «por la Iglesia o por el Papa», y no hay 3.^a Oración.

Día 16.—**VIERNES SANTO:** Doble de 1.^a clase. Color negro. Misa propia, pág. 698. **AYUNO Y ABSTINENCIA.** Hoy se lee la Pasión según S. Juan.

Día 17.—**SÁBADO SANTO:** Doble de 1.^a clase. Color morado para los Oficios, pág. 727, y blanco para la Misa. La propia, pág. 771. Se canta solemnemente *Gloria* y *Aleluya*. Prefacio de Pascua, pág. 1.115. *Communicantes* y *Hanc igitur* de Pascua, págs. 1.121 y 1.123.

ORDÉNES.

En donde lo permitan los señores Obispos, la *Vigilia Pascual* (u Oficios de este día) pueden ser *por la noche* (y no por la mañana), con todos los *privilegios* y *reformas* concedidos por la Santa Sede.

Empieza el tiempo pascual. Se restablece el salmo *Judica me* para empezar la Misa, y el *Gloria* en Introito y Lavabo.

Día 18.—**DOMINGO DE RESURRECCIÓN:** Doble de 1.^a clase. Octava privilegiada. Color blanco. Misa propia, pág. 779. Prefacio, *Communicantes* y *Hanc igitur* de Pascua. Gloria y Credo.

Día 19.—**Lunes de Pascua:** Doble de primera clase. Color blanco. Misa propia, página 783. El resto como ayer.

HOY SE ABREN LAS VELACIONES.

Día 20.—**Martes de Pascua:** Doble de primera clase. Color blanco. Misa propia, página 788. El resto como el día 18.

Día 21.—**Miércoles de Pascua:** Semidoble. Color blanco. Misa propia, pág. 791. 2.^a Oración de S. Anselmo, Ob. y Dr. El resto como el día 18.

Día 22.—**Jueves de Pascua:** Semidoble. Color blanco. Misa propia, pág. 795. 2.^a Oración de los Santos Sotero y Cayo. El resto como el día 18.

Día 23.—**Viernes de Pascua Semidoble.** Color blanco. Misa propia, pág. 800. 2.^a Oración de S. Jorge. El resto como el día 18.

Día 24.—**Sábado «In Albis»:** Semidoble. Color blanco. Misa propia, pág. 803. 2.^a Oración de S. Félix de Sigmaringa. El resto como el día 18.

Día 25.—**DOMINGO «IN ALBIS» DE 1.^a CLASE:** Doble mayor privilegiado. Ornamentos blancos. Misa propia, pág. 807. *Communicantes* y *Hanc igitur* ordinarios desde hoy. Prefacio de Pascua, pág. 1.115. Gloria y Credo. Hoy rogativas. Letanías mayores, pág. 830.

Día 26.—**Lunes:** Se celebra de S. Marcos, trasladado del día 25. Color rojo. Misa propia, pág. 1.399. 2.^a Oración de S. Cleto y Marcelino, pág. 1.403. Prefacio de Apóstoles. Gloria y Credo.

Día 27.—**Martes:** S. Pedro Canisio, Dr. Doble. Color blanco. Misa *In medio*, pág. 2.054. Gloria.

En Cataluña, Ntra. Sra. de Montserrat. Color blanco. Misa propia, pág. 1.405. Conmemoración de S. Pedro Canisio. Prefacio de la Virgen. Gloria y Credo.

Día 28.—**Miércoles:** S. Pablo de la Cruz. Doble. Color blanco. Misa propia, pág. 1.411. Gloria.

En la Diócesis de Tarragona y en otras partes, San Prudencio, Ob. Ornamentos blancos. Misa *Statuit*, pág. 2.048. Oraciones propias, pág. 1.415.

Día 29.—**Jueves:** S. Pedro de Verona, M. Doble. Ornamentos rojos. Misa Protexisti, página 2.036. Oraciones propias, pág. 1.416. Prefacio de Pascua. Gloria.

Día 30.—**Viernes:** Sta. Catalina de Siena, V. Doble. Ornamentos blancos. Misa Dilexisti, pág. 2.077. Oraciones propias, pág. 1.417. Prefacio de Pascua. Gloria.

FORME SU BIBLIOTECA HACIENDO PEQUEÑOS DESEMBOLSOS

LIBROS EDITADOS POR LA DELEGACION NACIONAL DE LA SECCION FEMENINA

DOCTRINALES

- Obras Completas de José Antonio* (más de 800 páginas, gran formato). Ptas. 30 ejemplar.
- Biografía de José Antonio* (más de 800 páginas). Ptas. 50 ejemplar.
- Ofrenda a José Antonio*, por Dionisio Ridruejo (edición de gran lujo, en papel especialmente fabricado). Ptas. 2 ejemplar.
- Letra Y* (Historia y presente), por Manuel Bailesteros-Gaibreil (68 páginas). Ptas. 2,25 ejemplar.
- José Antonio*. Antología. Traducción en inglés (300 páginas). Ptas. 17 ejemplar.
- José Antonio*. Antología. Traducción en francés. Ptas. 17 ejemplar.
- Teoría de la Falange*, por Julián Pemartín (56 páginas de texto). Ptas. 4 ejemplar.
- Lecciones para Flechas* (176 páginas). Ptas. 15 ejemplar.

FORMACION RELIGIOSA

- Curso de Religión*, por Fray Justo Pérez de Urbel (320 páginas). Ptas. 25 ejemplar.
- Guía Litúrgica* (36 páginas de texto). Ptas. 2 ejemplar.
- Liturgia de Navidad* (36 páginas). Ptas. 1,50 ejemplar.
- Misa Dialogada* (38 páginas). Ptas. 2 ejemplar.
- Misa festivo*, por el Padre Cervera Prado (benedictino). 500 páginas; encuadernada en tela con estampación en oro. Ptas. 20 ejemplar.
- Nace Jesús* (Liturgia de Navidad, villancicos, etc.). Edición en papel couché, impresa a dos colores; 32 páginas. Ptas. 3 ejemplar.
- Oraciones de Juventudes*. Ptas. 2 ejemplar.
- Oraciones de Sección Femenina*. Ptas. 2 ejemplar.
- Misa Completa*, de Fray Justo Pérez de Urbel. Encuadernada en piel-lagrán, cantos dorados, ptas. 225 ejemplar; encuadernada en piel y cantos dorados, ptas. 165 ejemplar; encuadernada en piel y cantos rojos, ptas. 140 ejemplar; encuadernada en tela y cantos rojos, ptas. 90 ejemplar.

HOGAR

- Ciencia Gastronómica*, por José Sarrau. Director de la Academia Gastronómica (224 páginas), con más de 200 grabados. Ptas. 22,50 ejemplar.
- Cocina* (176 páginas, con un centenar de grabados). Ptas. 18,50 ejemplar.
- Convencios Social*, por Carmen Werner (64 páginas). Ptas. 2,50 ejemplar.
- Puericultura Por Natal* (48 páginas). Ptas. 5 ejemplar.
- Economía Doméstica*. Ptas. 20 ejemplar.
- Formación Familiar y Social*, Primer Curso. Ptas. 7 ejemplar.
- Formación Familiar y Social*, Segundo Curso. Ptas. 10 ejemplar.
- Formación Familiar y Social*, Tercer Curso. Ptas. 12 ejemplar.
- Higiene y Medicina Casera* (64 páginas y cubierta a todo color). Ptas. 7 ejemplar.
- Hojas de Labores* (patrones y modelos en colores sobre las más primorosas labores). Varios modelos de Hots. Cada uno, 3 pesetas.
- Patrones Graduables Martí*, (seis modelos distintos, con patronas de lencería, vestidos, ropa de caballero, etc.). Ptas. 20 ejemplar.
- Manual de Decoración*. Ptas. 20 ejemplar.
- Recetas de Cocina* (760 páginas). Ptas. 30 ejemplar.
- Cocina Regional*. Ptas. 40,00 ejemplar.

CULTURA

- Libro de Latín* (Gramática inicial), por Antonia Tevar (94 páginas). Ptas. 6 ejemplar.
- Lecciones de Historia de España* (80 páginas de texto). Ptas. 5 ejemplar.
- Enciclopedia Escolar* (grado elemental), por los mejores autores españoles. Cerca de 900 páginas y más de 500 dibujos. Ptas. 35 ejemplar.
- El Quijote, Brevariio de Amor*, por Víctor Espinós, de la Real Academia de San Fernando (264 páginas). Ptas. 25.

MUSICA

- Historia de la Música*, por el Maestro Benedito (194 páginas, con diversos grabados y encuadernación en cartón). Ptas. 18 ejemplar.
- Cancionero Español* (Armonización), por B. García de la Parra. Tres cuadernos distintos (núms. 1, 2, 3), en gran formato. Ptas. 15 cuaderno.
- Mil canciones españolas*. Edición monumental con texto y música; 660 grandes páginas, impresas a dos colores; encuadernación en tela, con estampación en oro. Ptas. 125 ejemplar.
- Nueve Conferencias de Música*. Ptas. 6 ejemplar.

HIGIENE Y PUERICULTURA

- Cartilla de la Madre; Cartilla de Higiene*. Consejos de gran utilidad para la crianza del hijo. Ptas. 1,50 ejemplar.

INDUSTRIAS RURALES

- Construcción de Colchones* (24 páginas con grabados). Ptas. 6 ejemplar.
- Avicultura*, por Ramón Ramos Fontecha (252 páginas con varias distintas ilustraciones). Ptas. 12 ejemplar.
- Apicultura Movilista*, por María Estromera de Cabezas (112 páginas, ilustraciones). Ptas. 9 ejemplar.
- Industrias Serenícolas* (24 páginas). Ptas. 4,50 ejemplar.
- Corte y Confecciones Peloterías*, por Emilio Ayala Martín (96 páginas de texto, profusamente ilustradas). Ptas. 7 ejemplar.
- Cartido y Tinta de Pieles*, por Emilio Ayala Martín (120 páginas y sus grabados correspondientes). Ptas. 8 ejemplar.
- Flores y Jardines. Cómo cuidar y enriquecer las plantas*, por Gabriel Berná (36 páginas e ilustración de grabados). Ptas. 6 ejemplar.

REVISTAS

- Basor*, publicación mensual dirigida a las niñas. Formato 22 x 31. Impresa litográficamente en diversos colores. Colaboración artística y literaria por los mejores ilustradores y escritores españoles, de Plés, Seray, Tsuler, Suárez del Arbol, etc. (24 páginas de texto). Ptas. 3,75 ejemplar.
- Consigna*. Revista pedagógica mensual, con la colaboración de las firmas más destacadas en la Cátedra y la Literatura. Formato 20 x 27. Más de 120 páginas de texto y oncartes a varios colores. Precio: Número suelto, 3,50 ptas.; suscripción anual: 36 pesetas.

TARJETAS POSTALES

- Danzas populares españolas*. Album de 12 tarjetas, 15 ptas. Tarjetas sueltas, 1,25 pesetas.
- Castillo de la Mata*. (Escuela Mayor de Bandos José Antonio). Medina del Campo. Album de 12 tarjetas, 12 pesetas.
- Albergues de Juventudes*. Cada tarjeta, 1 peseta.

Cualquier libro que pueda interesarle, solicítelo contra reembolso a

DELEGACION NACIONAL DE LA SECCION FEMENINA

(PRENSA Y PROPAGANDA)

ALMAGRO, 36 - MADRID

Lo recibirá a vuelta de correo y libre de gaste envío.



FORMACION

DE

JUVENTUDES

ACTIVIDADES
VOLUNTARIAS



LA MODA

POR MONTSERRAT ROMAÑA



A moda, eso que nos interesa tanto a las mujeres, que tanta curiosidad despierta en el mundo cada temporada, es un plato que se guisa siempre a destiempo. Cuando estamos en plena canícula, hace un sol de plomo y el aire, si sopla, nos recuerda más el Sáhara que otra cosa; las grandes casas creadoras de modas lanzan sus invitaciones y todas las tardes, durante horas, las muchachas modelos pasan vestidos de lana, abrigos de piel y todas las prendas calientes y abrigadas que lucirán las mujeres en los días más crudos del invierno. En cambio, cuando días pasados marcaba el termómetro en París, a la hora más templada del día, ocho grados bajo cero, los grandes modistos, rodeándose hasta última hora del mayor secreto, anunciaban ya la presentación de sus grandes colecciones de verano. A su primer desfile de modelos, que se realiza siempre con gran solemnidad, asisten solamente periodistas, compradores de grandes casas europeas y americanas y algunas clientes escogidas. Esas invitaciones son muy envidiadas, porque durante quince días o tres semanas, exactamente hasta el día 26 de febrero, periodistas y demás asistentes a estas primeras presentaciones deben comprometerse a no publicar ni una sola fotografía, ni un diseño de los nuevos modelos. Se pueden escribir artículos sobre las nuevas tendencias en general, pero sin particularizar. Hay en las salas de presentación una policía secreta

que vigila escrupulosamente a presencia de máquinas de fotografía miniatura, de pequeños lápices, ocultos entre los dedos, que con dos trazos podrán recordar a la salida la idea original o atrevida que hace la elegancia de un vestido; todo esto está escrupulosamente vigilado y muy castigado, aunque en verdad la paternidad y exclusividad de un modelo hoy día les dura poco a las grandes casas. A las dos semanas de desaparecer el secreto profesional surgen en todas partes imitaciones, y la nueva línea o, mejor dicho, una de las nuevas líneas se impone; de suerte que la frase que Oscar Wilde ponía en boca de uno de sus héroes: «La moda es lo que no lleva nadie», ha dejado de ser verdad.

¿Es que la moda varía mucho todos los años? No. En realidad, son dos los modistos creadores, a cuyas ideas, poco más o menos, se ajustan los demás, y esas dos casas, Dior y Balenciaga, francés el uno, español el otro, cada cual en su estilo peculiar, van desarrollando año tras año una línea determinada. Cuando hace tres veranos presentó Dior unas toreras muy cortas sujetas debajo del pecho y fruncidas desde los hombros, empezó la línea que culminó el verano pasado en la llamada línea tulipa, y cuyo secreto consistía en la pinza de pecho que terminaba bifurcándose en su parte alta, y que derivó este invierno hacia unas mangas que se ensanchaban en su encaje con el hombro, lo que no era sino otra forma de hacer esa misma línea. Por eso se

puede muchas veces adivinar cómo evolucionará la moda. En todas las colecciones presentan las casas algunos modelos muy exagerados y rimbombantes, que en realidad no deben ser sino para propaganda y para hacer la colección más entretenida; si alguien los compra es siempre hacia el extranjero que se van. La parisién, como la española, viste sencillo y huye de las exageraciones, porque sabe que la moda debe seguirse en sus líneas generales y en sus puntos neurálgicos, pero siempre sin exageración.

¿Cómo será la moda este verano? Voy a daros sus características esenciales: triunfa del gris y el beige, que dominaron estos últimos años, el azul marino y el azul en todos sus tonos. La primavera será azul y el verano alegre. Cuando entrábamos a ver una colección soplándonos los dedos y casi llorando de frío nos encontrábamos con un gran despliegue de estampados en seda, en algodón y surahs, alpacas, seda salvaje, otomán, organzas y organdíes frescos y vaporosos, todo en colores suaves y claros. La línea es joven. Hombros suaves, ensanchando ligeramente la parte alta de la manga, cintura muy fina, faldas plisadas más con infinidad de plisados distintos, con vuelo otras; todas sostenidas sobre fondos acompañados de tul duro, madapolán o unas enaguas almidonadas. El clásico «fourreau», es decir, vestido muy liso, de falda estrecha, sigue llevándose (forrando siempre la falda por completo, sobre todo si la tela es fina). En muchos casos los vuelos de la falda nacen en las caderas, lo que da una sensación de corselete, y en algunos modelos dicho corselete termina en punta en el centro de delante como en los vestidos de Corte del siglo XVI, lo que afina extraordinariamente el talle. ¿Recordáis el corpiño que lleva en el cuadro del Museo del Prado la emperatriz Isabel de España, esposa de Carlos V, la mu-

jer más hermosa de su época? Pues con cuatro siglos de diferencia y adaptado a la moda de 1954, viene a ser lo mismo. La línea princesa pierde muchos puestos en las casas creadoras que la lanzaron este invierno, pero se seguirá llevando un poco. Triunfa el dos piezas (sastre feminizado) y los grandes cuellos de organdí y de piqué. La casa Jamín lanza un enorme cuello de marinero (de las marineras que llevamos en nuestra infancia) en tres y cuatro hojas de organdí. La falda que Dior acertó mucho en otoño, por obra y gracia de este modisto vuelve a su punto bueno. Este verano oscilarán los largos entre 35 y 37 centímetros del suelo, lo que representa una medida perfecta, ya que llega a media pierna.

En cuanto a los escotes para diario, muchos escotes cerrados a ras de cuello o en punta, y para vestir, el escote romántico alargado hacia los hombros, que tanto favorece y tan femenino es. Las mangas cortas o tres cuartos; largas en muy pocos casos, ni aun para chaquetas o abrigos.

La moda es joven, bonita, alegre y fácil de llevar.

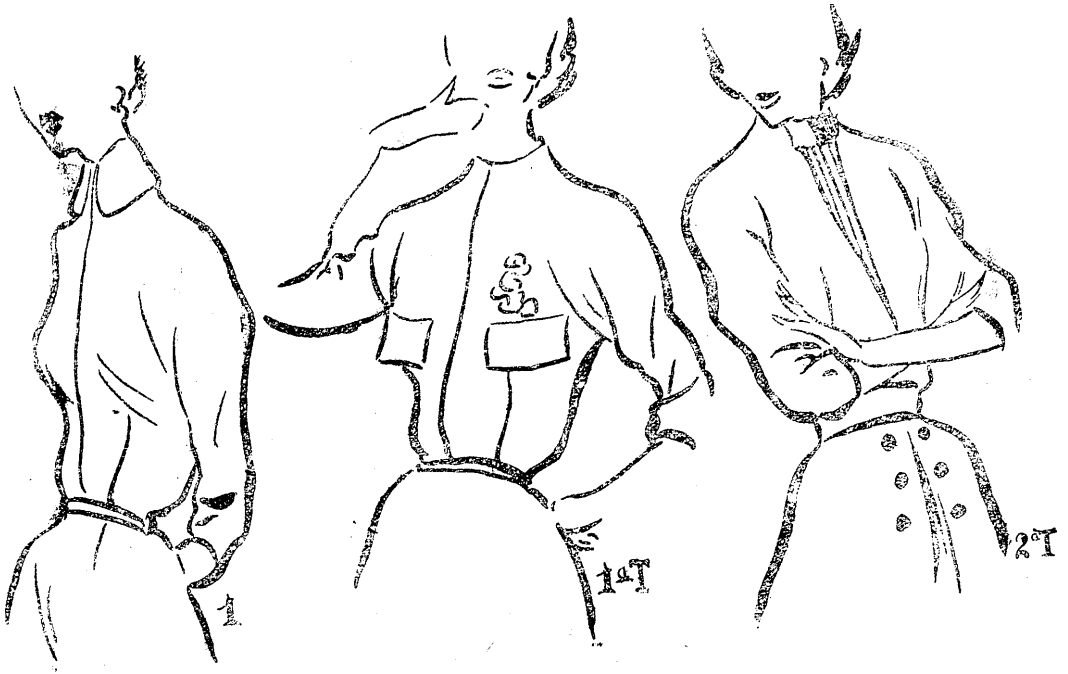
¿Queréis unas cuantas ideas para arreglaros vestidos que tengáis de la temporada pasada?

Vamos a ver unas cuantas modificaciones fáciles para la primavera, y de aquí a un par de meses os daré algunas para el verano.

Un vestido no necesita a veces sino un ligero retoque, sobre todo en el cuerpo, para que resulte a la moda. Ved algunos ejemplos en vestido de lana. De cada vestido os doy dos transformaciones posibles.

Núm. 1.

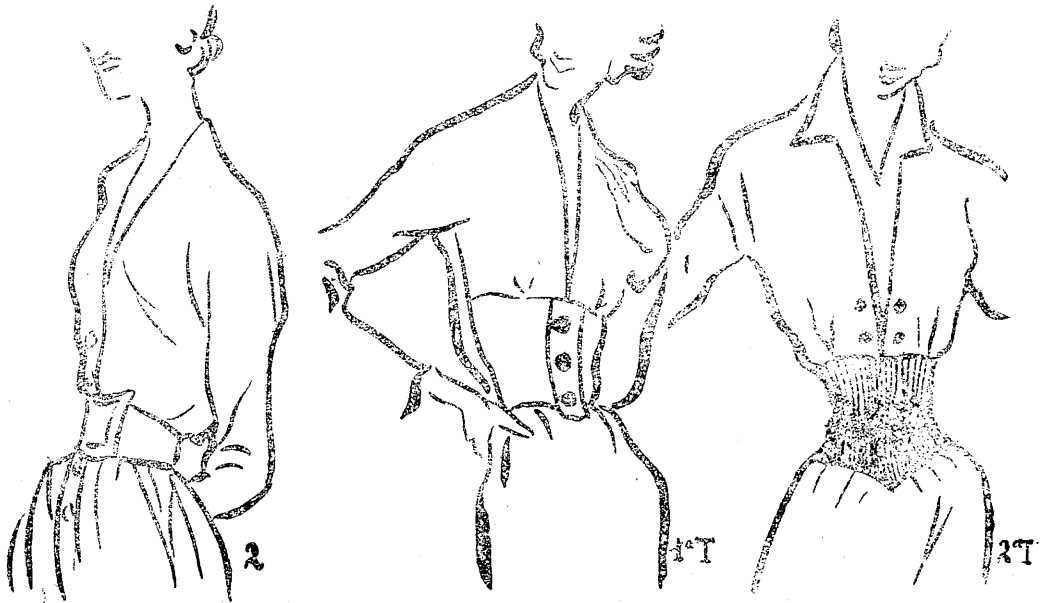
Primera transformación.—Quitad el cuello y dejad el escote redondo a ras del mismo. Cortad el cuello en dos y simulad con cada



una de las partes un bolsillo colocado sobre la pinza. Un clip sobre uno de los bolsillos acabará de darle un aire de actualidad.

Segunda transformación.—Para más vestir,

quitad el cuello. Abrid el cuerpo delante en V haciendo descender la punta hasta el tallo, y lo mismo la falda como una prolongación de la V del cuerpo. Poned en el inte-



rior un plisado de organza o gasa en el mismo tono del vestido o en blanco, si éste es negro o azul marino. Tres ojales y botones a cada lado de la falda y una tira y un ojal con un botón para cerrar el cuello.

Núm. 2.

Primera transformación.—Quitad el vuelo de la falda y dejadla recta con dos pinzas delante y detrás, sin coser. Con la tela que sacáis de la falda hacer un corselete muy ajustado. Montadle sobre el alto del cuerpo debajo del pecho, teniendo mucho cuidado de dejar de cada lado dos pinzas sueltas de forma que no quede el pecho oprimido, sino al contrario. Bordead el escote con un bias y poned tres botones con sus ojales como si abrochasen el corselete.

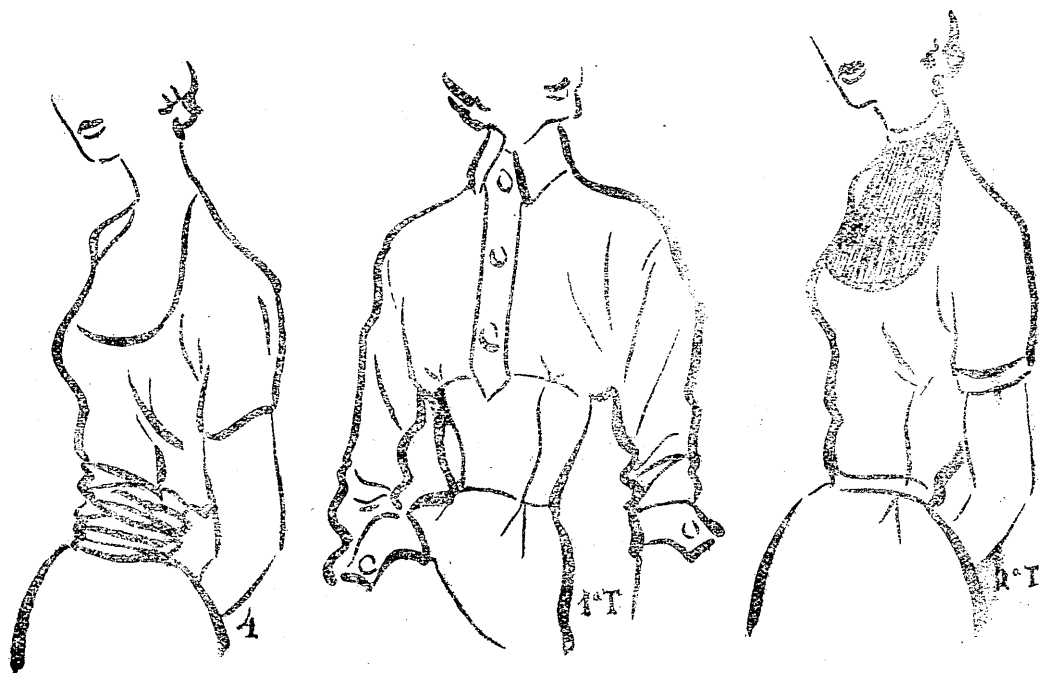
Segunda transformación.—Para vestir un poco más. Haced un corpiño en otomán de seda del mismo tono del vestido y un chaleco

en el mismo otomán. Montad la falda bajo el corpiño con pinzas sueltas. Ojales en el cuerpo que se abrochan en los botones que están cosidos en el chaleco. En vez de otomán se puede hacer con pana fina rayada, tricot o terciopelo.

Núm. 3.

Primera transformación.—Quitad el cuello. Poned entre el hombro y la manga una tira de tricot del mismo tono que el vestido. Montad la manga a dicha tira, quitad las cartaras de los bolsillos y reemplazadlas por dos tiras de tricot. Poned botones en todo el delantero. Otra tira de tricot aplicada sobre la falda simulará un dos piezas. La manga podéis dejarla tres cuartos o al codo. Llevadlo con un pañuelo en color vivo dentro del escote.

Segunda transformación.—Simulad que el vestido se abrocha en el centro de delante



por medio de una cinta de gros grain de 3 cms. de ancha. Haced un ojal a cada lado del escote y en el mismo gros grain, pero más ancho, de 5 cms.; haced dos lazos que pasaréis por dichos ojales. Si el vestido es azul marino, en gros grain blanco queda monísimo.

Núm. 4.

Primera transformación.—Cortad la parte alta del cuerpo y hacedlo nuevo en punto fino, de lana o de seda. Mangas seguidas sin pegaduras, arrugadas y sostenidas por un puño apretado. Tapilla, cuello y puños de la misma tela del vestido.

Segunda transformación.—Haced en organza plisada blanca un pechero que colocaréis bajo el escote. Poned unos puños de organza saliendo dos dedos bajo la manga y cambiad el cinturón ancho por un cinturón estrechito de charol o piel. En vez del pechero podéis llevar un jersey blanco cerrado de algodón de manga corta o una blusa camisera.

Núm. 5.

Primera transformación.—Quitad el cuello y bordead la abertura del cuerpo por un bias de piqué; un lazo del mismo piqué va pasado bajo el primer ojal. Mangas cortadas sobre el codo. Bolsillo con bias blanco.

Segunda transformación.—Cortad las mangas, quitad el cuello, cerrad con una costura el centro de delante y abrid el vestido por detrás, que cerrará con una cremallera. Haced en organza blanca o de lunares un pico al bias que incrustaréis partiendo del centro de detrás y cogiendo hasta la mitad del hombro. El pico estará hecho en organza doble y pondréis un nudo de la misma organza delante como remate.

Si alguna de nuestras lectoras quiere que se le dé una idea para transformar un vestido, nos puede mandar un dibujo de él y nuestra colaboradora le dibujará lo que vea conveniente.



Programa de música para Juventudes



Ave Mater Salvat6ris

GREGORIANO

A. ve Ma. ter Sal. va. tis,
me. di. ci. na pec. ca. tis O Ma. ri. a, flos val. li um,
vel. ut ro. sa vel. li. um, flos de pro. ces ad D6. mi num
pro. sa. tis te fi. de. li. um.

Dios te salve, Madre del Salvador, medicina del pecador. Oh, María, flor de los valles, como la rosa o el lirio, dirige tus plegarias al Señor para la salvación de los fieles.

Los tres tambores

Canción infantil, más bien romancillo, de origen catalán. Los puntillos bien marcados, pero sin cortar, que la melodía resulte ligada para que no parezca una marcha, ya que su

estilo es diferente. Las niñas de la región catala pueden cantarla así; a las demás les será más fácil la versión castellana.

LOS TRES TAMBORES

Juventudes
de S. F

- Maretal -



Con ai-re triunfa-dor des-fi-las tres tam-bo-res; o-
Q — so-mo sembla-ten lais fan-ta mas her-mo-sa tam-



fa-nad pe-que — s'im lle — vaun ra-mo de flo — res ; Ran ra pa-ta-
-bor mi buen tam — bor o — fis ce-me tus ro — sas ; Ran ra pa-ta-



- plan lle — vaun ra-mo de flo — res
- plan o — fre — ce-me tu ro — sas

Princesa dame el sí
a cambio de mis rosas,
y las podréis lucir
el día de la boda.
Ran rapataplán,
el día de la boda.

Tu hacienda di cuáles,
tambor, tamborilero.
Mi hacienda es mi tambor,
el ramo es mi trofeo.
Ran rapataplán,
el ramo es mi trofeo.

Si n'eran tres tambors
que'en vene de la guerra
lo mes petit de to-ts
porta un pom de rosetas.
Ram rapataplán
porta un pom de rosetas.

La fillá del bon rey
n'ha sortit en finestra
tambor lo bon tambor,
¿si'm vols da una roseta?

Donxella que l'haurá
será la esposa méva,

no us donaré lo ram
que a vos no us puga péndre.
M'habéu de demanar
al pare y a la mare
si vos la volen dar
per mi rés n'os pot péndre.

Déu vos quart lo bon rey
si'm darau la infantela
be'm dirás tu tambor
quina hisenda es la teva?
L'hisenda que jo'n tinch.
Ixme d'aquí tambor
avans no't fossi perdre
No'm farén perdre vos
ni cap d'aquesta terra
alli a n'el meu pais
en tinch gent que'su defensa
be'm dirás tu tambor
be'm dirás qui't defensa.

Me defensa't rey Franch
ab to ta so noblesa.
¿Digas, digas tambor,
digas qui es tom peyra?
¿Lo meu peyra que es?
Lo rey de l'Inglaterra,

vina, vina tambor,
mo filla será teva.
No'n sento grat de vos

tampoch ne sento d'ella,
qu'allí en lo meu país
n'hi ha qué son mes belles.

Canto de la Sierra de Cameros

Una de las canciones castellanas más difundidas, sin duda por la belleza de su melodía y el hondo sentido de la letra. El aire es movido para no caer en la dificultad de sos-

tener las notas largas si fuera más lento, y resultaría entonces pesada esta canción que es modelo entre las de su género.

SORIA

Movido

Ya se van los pas-to-res a la Ex-tre-ma-
du-ra ya se van los pas-to-res a la Ex-tre-ma-
du-ra ya se que-da la sie-rra tris-te y os-cu-ra ya
se que-da la sie-rra tris-te y os-cu-ra.

Ya se van pos pastores,
ya se van marchando,
más de cuatro zagalas
quedan llorando.

Ya se van los pastores
hacia la majada,
ya se queda la sierra
triste y callada.

Pequeño acertijo historiográfico



uno, como a todo español, le ha interesado siempre mucho esa fase terrible, dolorosa y gloriosa, de nuestra historia, que llamamos Guerra de la Independencia o 1808. Ni las interpretaciones liberales que se llevaban en su juventud, ni las antiliberales que se llevan ahora, le han convencido. Acá y allá, en algunos historiadores de esta generación —un Díaz del Corral, por ejemplo— se encuentran interpretaciones agudas, pero aún parciales; uno espera que ciertos historiadores jóvenes —un Jover, un Palacio Atard, un Suárez Verdeguer— acaben dando la interpretación exacta y total —no parcial ni partidista— española —no liberal ni antiliberal— de aquella tremenda cosa. Pero todavía no son más que esperanzas.

Por eso mismo, a uno le produjo una gran alegría encontrar un texto de alguien de gran talento, extranjero, con algunos defectos de información, pero, en general, bien enterado de las cosas de España (no estuvo nunca aquí, pero sabía bien el idioma), que daba una interpretación muy amplia y exacta de aquéllo.

La interpretación de que se habla fué publicada en 1854 —¡un centenario más!— en un periódico norteamericano, naturalmente en inglés y traducida hace sólo veinticinco años al español, publicada formando un libro con otros artículos del mismo autor sobre tema español. Y acaso sea curioso, y aun intere-

sante, publicar esto aquí dejando a la perspicacia de las lectoras o lectores (si esto lo lee alguien) el rastrear quién pudiera ser el autor de la interpretación mencionada. Que conste que es persona históricamente visible y que la traducción española (que es la que aquí se utiliza a falta de texto auténtico) fué publicada en España por una editorial muy conocida hace, como hemos dicho, veinticinco años. Ni la personalidad del escritor ni la fecha y lugar de la edición española, son tales como para que su descubrimiento resulte excesivamente difícil.

Ahí va, pues, el texto, y esperamos que alguien —o muchas personas— nos escriban señalando el autor del mismo y la obra de donde procede. (Las notas, naturalmente, son mías.)

II

”Este movimiento (1), al mismo tiempo que nacional —pues proclamaba la independencia de España respecto a Francia— era dinástico —pues oponía a José Bonaparte, Fernando VII “el deseado”— reaccionario, por cuanto a las novedades racionales de Napoleón oponía las leyes y las costumbres antiguas.

”Todas las guerras por la independencia sostenidas contra Francia llevaban un sello general de renovación, que iba a la par con la reacción, pero en ninguna parte se manifestó esto de una manera tan clara como en

España. Un autor español —don José Clemente Carnicero— publicó en 1814 y 1816 una serie de obras que llevan los títulos (2) siguientes: "Napoleón, el verdadero Quijote de Europa", "Los acontecimientos más notables de la gloriosa revolución española", "La Inquisición, restaurada". Basta con indicar los títulos de estos libros para comprender la unilateralidad de orientación de la revolución española, que hallamos asimismo en los manifiestos de las Juntas provinciales.

"Si los campesinos, los habitantes de las pequeñas poblaciones del fondo del país y el ejército innumerable de pobres —con librea y sin ella—, todos los cuales se hallaban impregnados hasta la médula de prejuicios políticos y religiosos, constituían la inmensa mayoría del partido nacional (3), frente a ellos había una minoría influyente y activa que consideraba la insurrección contra el invasor francés como la señal de la regeneración política y social de España. Dicha minoría estaba constituida por los habitantes del litoral, de las ciudades comerciales y parte de las ciudades provinciales más importantes... Esa minoría se veía reforzada por la parte más ilustrada de las clases superiores (incluso del clero)... Como verdadero programa de dicho partido(4) se puede indicar la célebre memoria de Jovellanos, publicada en 1795 sobre la Ley agraria... Finalmente, había la juventud de las Universidades, impregnada por los principios de la Revolución francesa y que, en ciertos momentos, había incluso abrigado la esperanza de despertar a España a una nueva vida con la ayuda de Francia (5).

Mientras no se trataba más que de la defensa de la Patria, la unanimidad de las dos fracciones del partido nacional era comple-

ta. Su antagonismo salió a la superficie cuando se encontraron juntos en las Cortes, en que debía elaborarse la nueva Constitución... La minoría "revolucionaria", con objeto de excitar el espíritu del pueblo, no reparó en apelar a los prejuicios nacionales de la antigua fe (6) popular. Por ventajosa que fuera dicha táctica desde el punto de vista de los fines inmediatos de la resistencia nacional, no podía dejar de ser funesta para esa minoría, cuando llegó el momento favorable para que los intereses "conservadores" (7) se cubriesen con esos prejuicios y sentimientos populares, con objeto de defenderse contra los planes de los "revolucionarios".

NOTAS.

- (1) La lucha por la independencia de 1808.
- (2) Aquí existen algunos errores respecto al título exacto de las obras.
- (3) Es decir, de la casi unanimidad de los españoles, los «afrancesados» (no todos de mala fe) fueron una pequeñísima minoría.
- (4) Más o menos de lo que luego se llamó «liberalismo», y quizá una especie de «ala izquierda» del «tradicionalismo» no despótico. La topografía ideológica de entonces era —como están averiguando ahora nuestros historiadores— más complicada. Pero hace cien años todo el mundo —en España y fuera— simplificaba demasiado.
- (5) Parece referirse a las vagas conjuras republicanas del tiempo de Carlos IV y a las vacilaciones que incluso los mejores (pensar en el mismo Jovellanos) tuvieron al principio respecto a José Bonaparte.
- (6) Por ejemplo, la glorificación de Fernando VII.
- (7) La terminología es sólo aproximada, por eso la ponemos entre comilla; v. nota (4)